

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 18

50 Céntr

110
25
25
12
10
5



ecbea

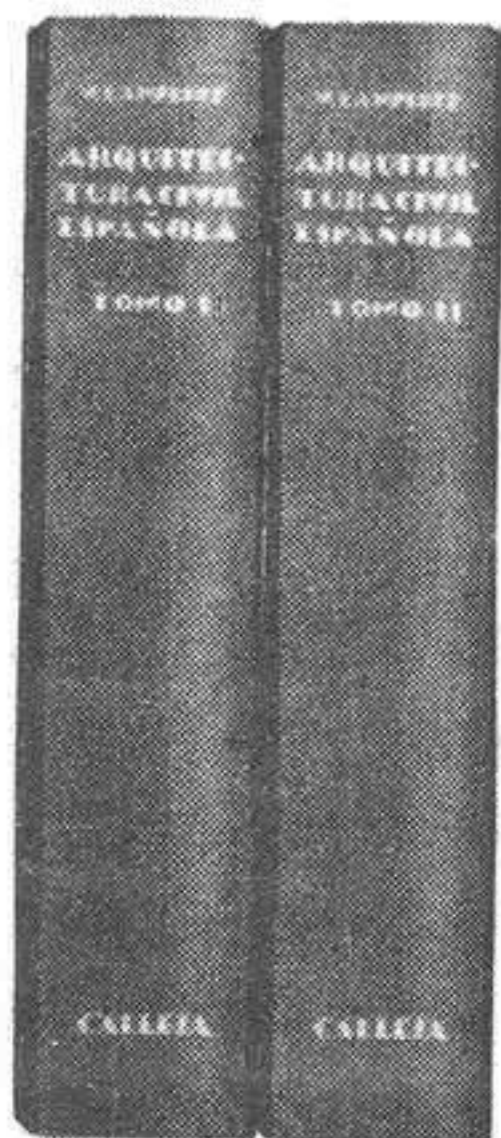
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

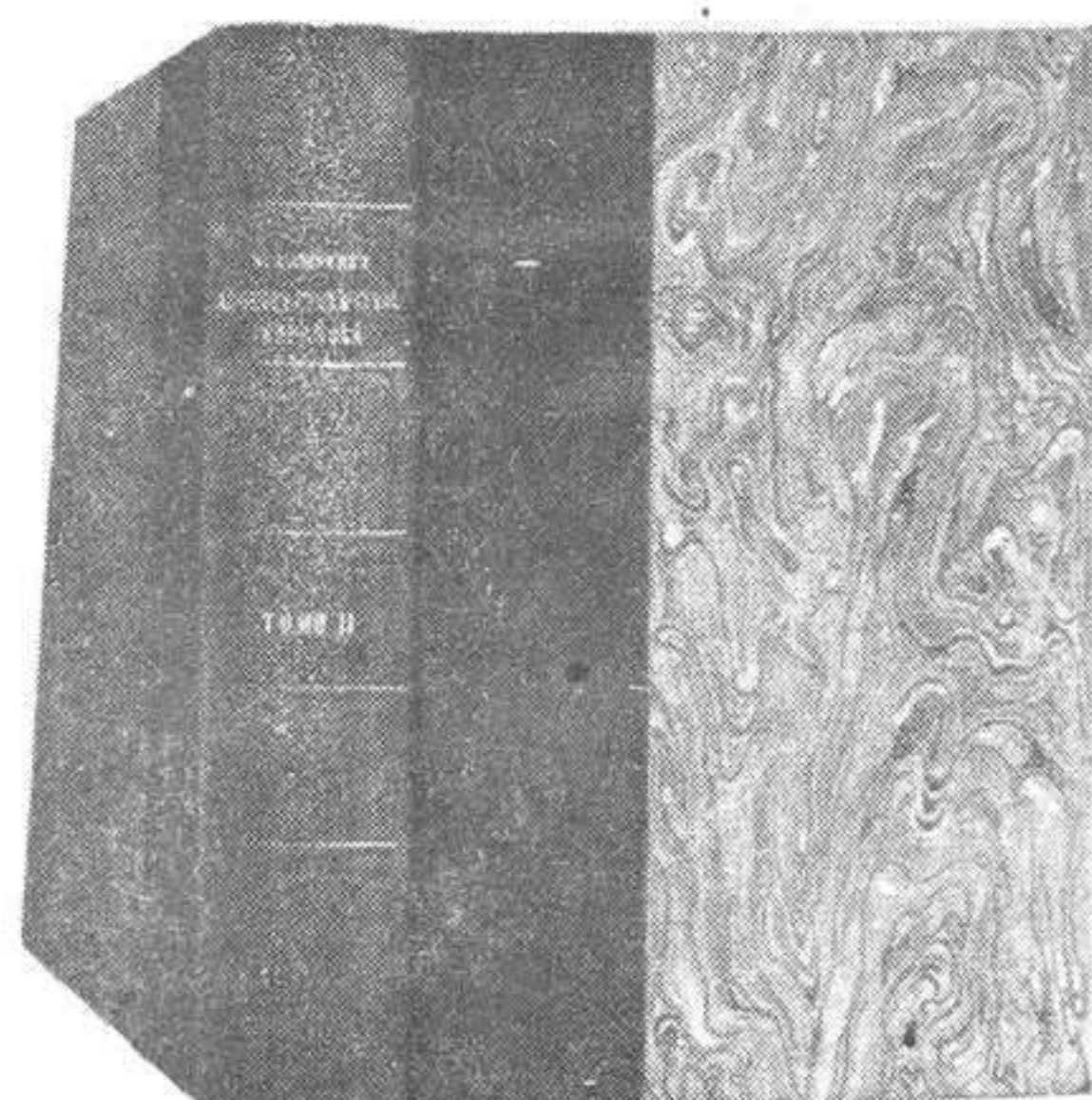
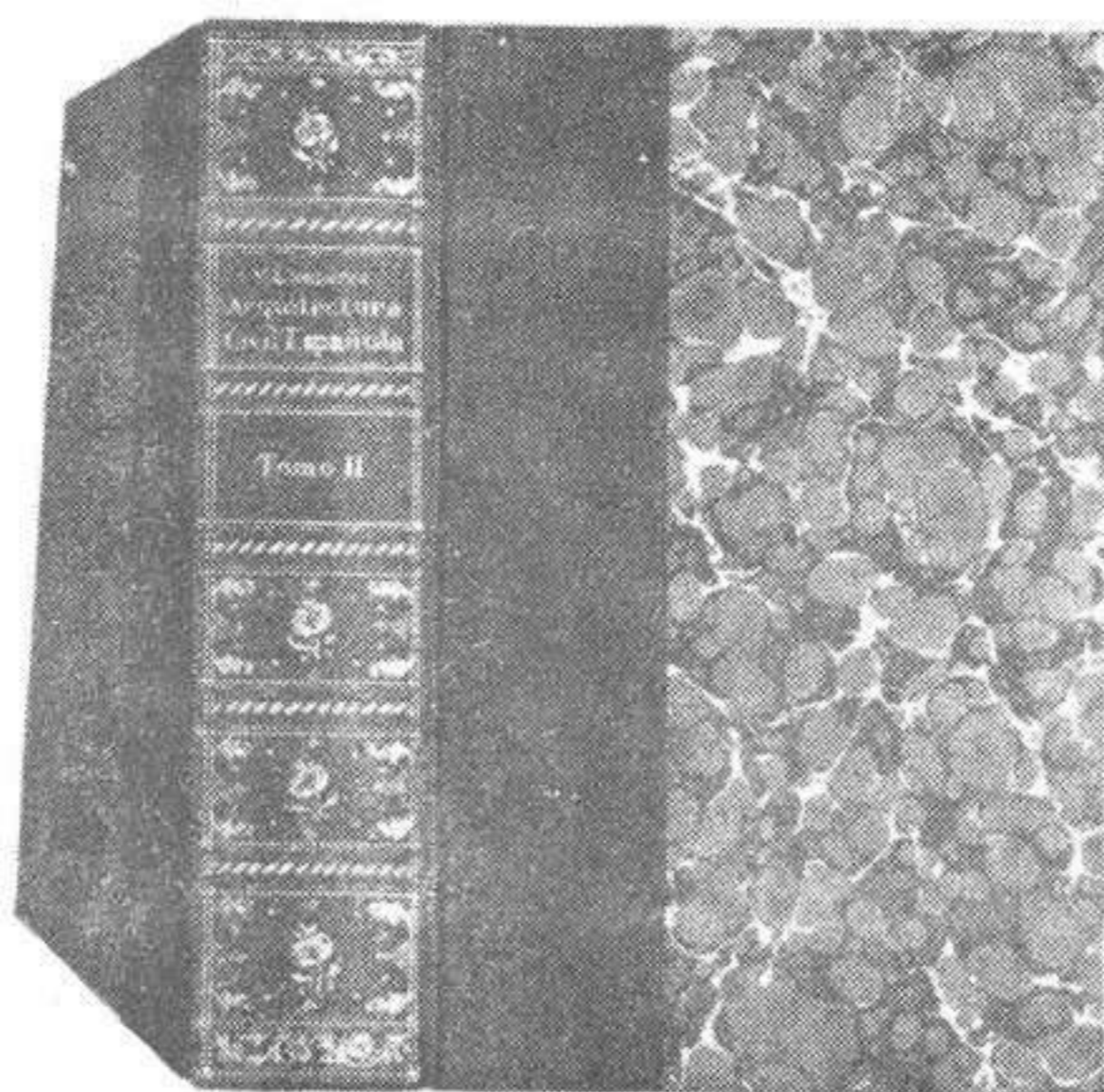
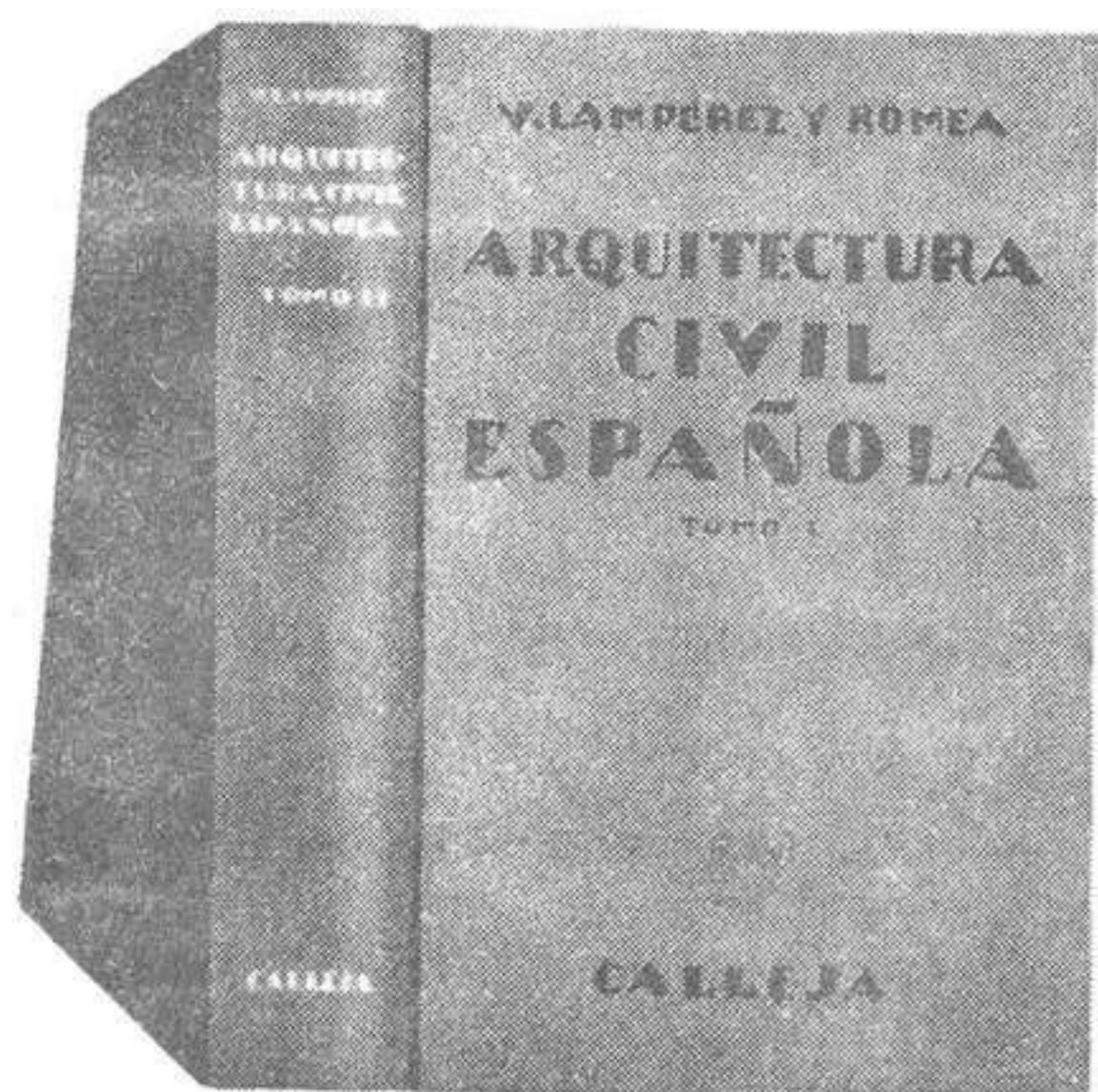


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, 125 pesetas.
En tela, 137 pesetas.

En medio chagrín, 155 pesetas.
En chagrín fino, 175 pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Año I.—Núm. XVIII.

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:
MADAME MARTINE RENIER,
Redactora-jefe de la Moda
en la Revista de París
FEMINA.

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO: 50 CÉNTIMOS.

SUSCRICIÓN:
ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.
SEMESTRE, 12 PESETAS. OTROS PAÍSES:
UN AÑO, 35 PESETAS.

Miércoles 23 Diciembre 1925

ADMINISTRACIÓN:
ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:
SAN SEBASTIÁN
Correspondencia y suscripciones:
MADRID
Calle de Valencia, 28.
Apartado 447.

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

*¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida moderna?
¿Y cuál su mayor encanto?*



Foto. Kaulak.

Hortensia Gelabert

¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?

La prisa que tienen todos para todo. Y a mí me gustan las cosas muy despacio... que es la única manera de saborearlas y de apreciarlas.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Vivirla. Y de vez en cuando compararla.

Hortensia Gelabert



Foto. Sans

Leocadia Alba

¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?

Juzgo, que el mayor defecto es el egoísmo, que nos impide idealizar un poco la vida.

Y ¿cuál su mayor encanto?

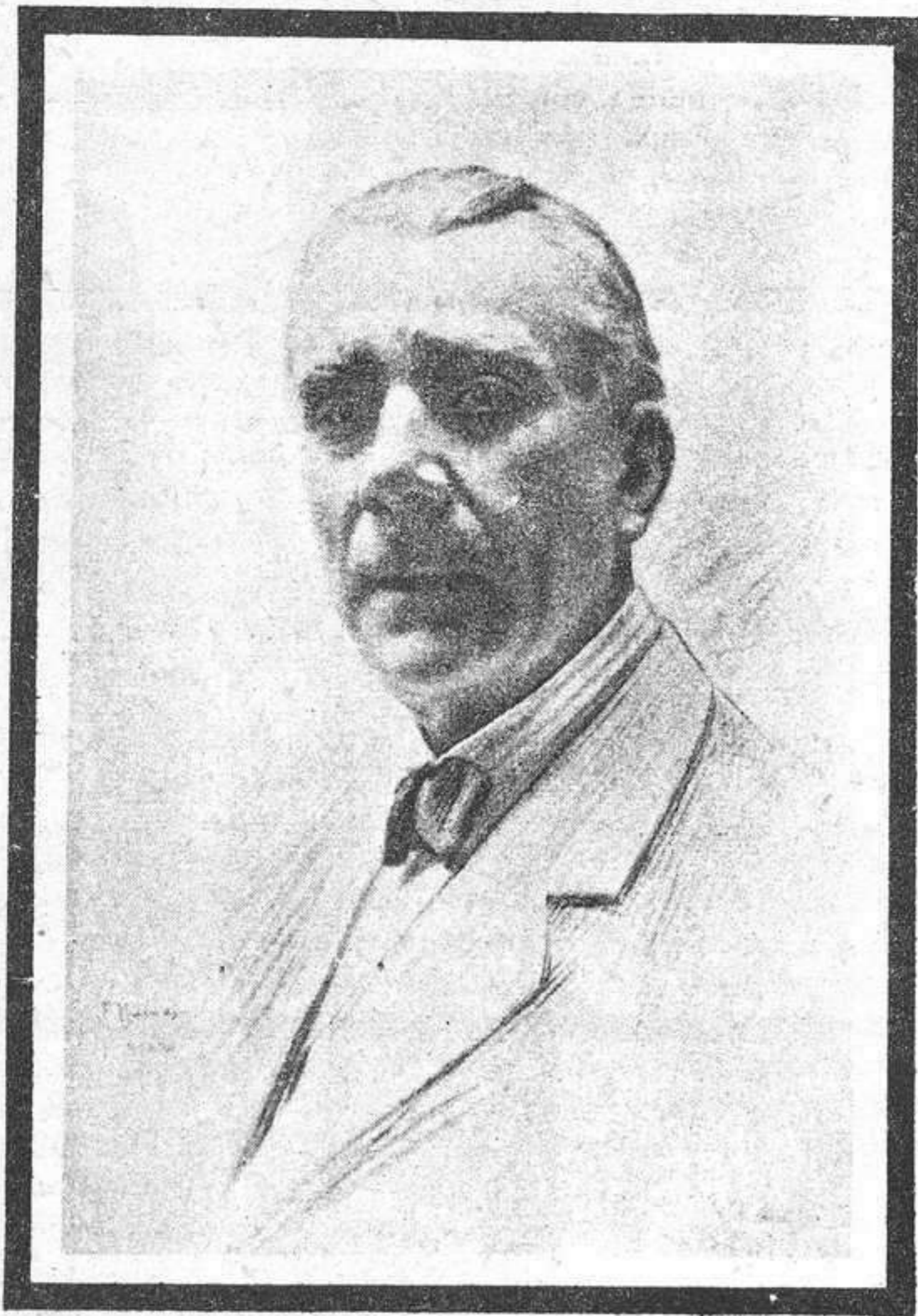
Disfrutar de una vejez tranquila como premio a una vida de trabajo.

Leocadia Alba



(Foto Kaulak.)

J. Sanchez Guerra



(Foto Kaulak.)

F. Diaz de Mendoza

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La falta de dinero. Como la peseta está tan alta y vale tanto, todo el mundo las conserva; nadie se las gasta. Pero vivimos tan contentos, porque nunca ha habido más dinero en España.

Y ¿cuál es su mayor encanto?

El *Shymy* y el *Jazz-Band* que, aunque no los cultivaba Petronio, me recuerdan con deleite las danzas de los negros.

¡¡¡He viajado tanto por América!!!

Fernando Diaz de Mendoza

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Que nadie está en su sitio.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Que dura poco..., aunque dure mucho...

Juan Guerra



Ramiro de Maestu

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Los dioses se van...

Cuando empecé a darme cuenta de la vida, todas las plazas de grandes hombres estaban cubiertas: Cánovas y Sagasta, Gayarre y Tamagno, Lagartijo y Frascuelo, Castelar y Salmerón, Galdós y Echegaray. Había una tradición: mis enemigos la adoraban. Había una libertad: yo creía en ella. Y luego creímos en el socialismo, y en Europa y en la ciencia.

Todo pasó, se fué, volvió a la sombra, como si nunca hubiera sido. Y hasta sus signos. Llorábamos de pena cuando una amiga se cortaba el pelo en el altar. Ahora se lo cortan las mujeres en signo de su liberación. Pero este dolor de ver pasar las cosas, ¿no es común a todas las generaciones?

Y ¿cuál su mayor encanto?

Los dioses vuelven...

Pum, pum; cañonazos en Cavite. Pum, pum; cañonazos en Santiago de Cuba. Y el tablado de Maese Pedro desapareció. Quedaron los muñecos, pero habíamos dejado de profesarles culto. Pum, pum; cañonazos en Lieja y en Lorena. Y Europa se vino al suelo. Pum, pum; cañonazos en Petrogrado. Los bolcheviques se apoderaron de Rusia, y el ideal socialista se deshizo.

No quedaban ya valores espirituales en el mundo: ni en el pasado, ni en el porvenir. Han sido estos años todo invierno. Hoja tras hoja se nos han caído todos los ideales. Pero las plantas tienen un corazón que espera su hora, y en ese corazón se besan cielo y tierra en los meses vernaes. Podré ser pájaro por el pensamiento, pero por el afecto quiero ser árbol, que muere donde nace. Si no soy hijo, no tengo raíces; si no soy padre, carezco de ramaje. No quiero ser punto perdido en el espacio. Me enlazo a lo mío y a los míos; lo mío es también, y sobre todo, lo universal y eterno. Poco a poco empiezan a reconstruirse dentro de mí las jerarquias, los respetos, los ideales. No los de antes, pero como los de antes.

Y esta restauración de los ideales, ¿no es también el encanto más grande de la vida? ¿De todas las vidas un poco ajetreadas?

Ramiro de Maestu

II N V E R N A L

Cuento por Ma Ceresia Roca de Cogores



I

ABRIÓ los ojos. Miss Blanche estaba junto a su cabecera con un libro entre las manos. Era el que antes de dormirse había ocultado debajo de las almohadas. Miss le reprendió dulcemente.

—Mientras lea usted tanto, Bernardo, no le bajará la calentura. Ahora, vuélvase a dormir, porque es muy tarde.

Y, bajo la presión de sus dedos, chasqueó la llave de la luz, quedando entonces utilizada dentro del círculo de claridad azul de la *veilleuse*. Y Bernardo había cerrado los párpados con la docilidad del niño enfermo. Después, oyó el rumor imperceptible de unas pisadas, el ruido de una puerta que se cierra. Y, poco a poco, las sombras se fueron poblando de diafanidades, de vaguedades policromas, de alburas de mármoles, de tintes, de flores y de carnes, que iban cristalizándose en una pálida princesita, como la de la sonatina del poeta, que tenía las pupilas grises, como las de Miss Blanche.

II

¿Fue, acaso, alguna conversación sorprendida, o sólo una intuición lo que había revelado a Bernardo que Miss Blanche no pertenecía a esa raza de institutrices, como, por ejemplo, aquella Mistress Catherine, que, con el moño empinado y las orejas rabiosamente coloradas, constituía los malos ratos de su niñez?

No podían ser sino de un noble linaje aquellas finas manos afiladas, aquella serenidad de su perfil, que ahora, cerca de la ventana, se precisaba sobre el cielo blanco de nieve.

Miss Blanche abandonó la labor y dirigió sus pasos hacia la puerta.

Llamó.

—Miss... Miss Blanche.

Ella volvió la cabeza.

—¿...?

—No se vaya Miss... No me deje solo. Sonrió condescendiente.

—¡Poor Bernard!

Y vino a sentarse a su cabecera. Sus dedos volvieron a manejar, ágiles, las largas agujas de concha entre la lana gris.

Miss Blanche proyectó.

—Cuando se ponga bueno Bernardo, bajaremos al jardín y visitaremos el invernadero. Hay una colección de camelias que le gustará. Cogemos muchas y verá usted qué bonito harán en ese libro de la chimenea.

El dijo lacónicamente:

—No tengo ganas de estar bueno.

—¿Por qué?

—Porque tendré que volver al colegio.

—Volverá usted con sus compañeros, con sus antiguos juegos.

Volvió a repetir:

—Preferiría estar siempre enfermo, siempre así, como estoy ahora.

Temió haber dicho demasiado, y al sentir que se ruborizaba, se ruborizó más aún. Más tarde se atrevió a pedir:

—Miss Blanche, cuénteme algo de su vida pasada. Recuerdo que una vez me habló de un lejano país del Norte, de un parque, donde se abrían las rosas como cálices de sangre...

Dejaron de sonar las agujas. Miss Blanche levantó su mirada gris y, fijándola en él, la volvió a bajar, murmurando:

—¡Mi vida pasada! ¡Qué puede interesarle a usted, Bernardo!... Después se justificó.

—¡Es usted tan niño!...

¡Oh! ¡Cuándo acabaría aquel odioso yugo de la niñez! Aquella mañana, al acercarse Lulú a darle los buenos días, había observado:

—Te ha salido bigote.

Y le trajo un espejo para que se mirase. ¡Pero qué desilusión! Los cuatro pelos que le griseaban sobre el labio eran de un efecto lamentable. Así se lo confirmó la misma Lulú con su amable sinceridad muy de niña.

—¡Qué feo estás!

¡Ah! ¡Si él fuera siquiera como su primo Arsenio!... Arsenio tenía diez y ocho años y un pelo ondulado y un aspecto enérgico. Ya no tardaría en venir del colegio a pasar las vacaciones. Una duda le mortificó. Si él tuviera la fisonomía y los diez y ocho años de Arsenio, tendría derecho a las confianzas de Miss Blanche.

III

Sonaron en el corredor unas pisadas, que, primero, debían ser de Arsenio, y, después, no podían ser sino de Lulú.

Llamó:

—¡Lulú!

Y la pequeña apareció en la puerta con sus polainas blancas y enfundada en sus pieles de chinchilla.

—¿De dónde vienes, Lulú...?

—Del jardín. He estado haciendo bolas de nieve.

—¿Con quién has bajado?

—Con Miss Blanche. Después bajó Arsenio, y Miss me mandó que subiera a repasar la lección de inglés.

—¿No ha subido contigo?

—No; se quedó en el jardín.

—¿Y Arsenio?

—También.

—Bien. Vete entonces a repasar la lección de inglés.

La puerta se cerró detrás de Lulú, y él sintió que se adentraba en su alma todo el frío del paisaje de invierno. Otra vez empezaba a nevar. Sintió deseos de llorar; unos deseos que fueron transformándose en una música dulce y silenciosa que le subía del corazón a los labios: las primeras rimas de su adolescencia enferma de romanticismo.

IV

Entró Arsenio y, arrojando el abrigo de pieles sobre el diván, se sentó frente a la chimenea, con las manos extendidas sobre la lumbre, que hacía brillar sus altas botas de cuero.

Bernardo quiso saber.

—¿Dónde has estado?

Bostezó.

—Vengo de recorrer la finca a caballo.

Dejó el asiento y, a grandes pasos, empezó a pasear de un extremo a otro de la habitación. Se detuvo ante la ventana y bostezó de nuevo, en tanto que sobre los cristales, empañados, trazaba su índice unos signos absurdos; después, una B grande, que fué desdibujándose bajo nuevos trazos incoherentes. Luego volvió a instalarse cerca del fuego con un libro entre las manos. Bernardo adivinó unos pasos leves en la alfombra; Miss Blanche venía, como siempre, a sentarse a su cabecera.

—¿Cómo se encuentra usted, Bernardo?

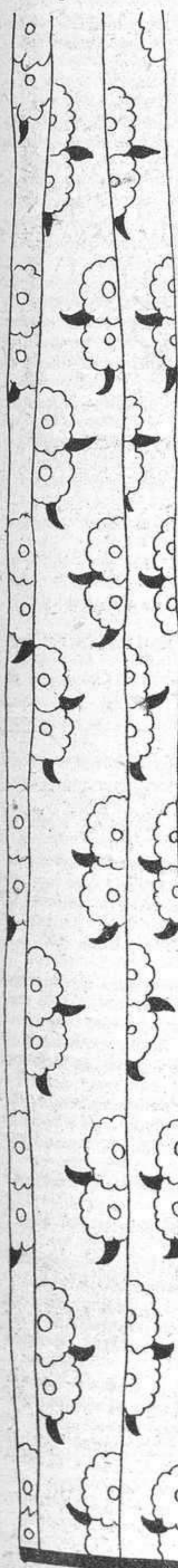
—Mal.

Suspiró. Había anochecido por completo, y sólo a la escasa luz de la lumbre la veía cerca de él, eternamente pensativa, toda pálida, bajo la vaga aureola de la cabellera. Cerca de la chimenea Arsenio seguía leyendo. Bernardo reconoció su *Psicoanálisis*, de Freud. ¿Desde cuándo sabía Arsenio el alemán? ¡Ah, sí! Era un pretexto. Se sintió débil, impotente; pero aún podía vengarse un poco.

—¿Sabe usted, Miss, que ahora me encuentro mejor y que estoy contento porque pronto podré volver al colegio?

Quedó silenciosa, como si aquellas palabras le causaran tristeza. El dejó que sus párpados se cerraran abrumados por la calentura. Una zarabanda interminable de sombras giraba en derredor suyo,

acurrucándose en las paredes, en el techo, a los pies de la cama. Llegó hasta él una voz lejana, apagada, llena de vaguedades, de pesadillas. Una obsesión terrible le oprimía las sienes, la garganta. Presintió algo incierto, fantasmagórico, monstruoso. Ahora giraba más vertiginosamente la zarabanda de tinieblas. Oyó apenas «... que traigan en seguida a don José...; que pongan un telegrama al señor Vizconde...» Más tarde, sintió que sus miembros se inmovilizaban en una laxitud profunda. Y, al abrir los ojos, vió cómo le miraban unas pupilas grises cargadas de tristeza, como si fueran de luz de invierno, de nieve, de soledad...; ahora sólo adivinaba una sombra de mujer o de ángel que se acercaba a su lecho y se inclinaba sobre su cabecera. Después sintió sobre su frente como sopor de besos, como humedad de llanto. Después, nada...



=V de S.=



Y a lo de «Lo pasado, etc.», al escribirlo no pensaba en los hombres ni mujeres. Me refería a pasiones gigantescas de nobles ideales abortados y a tragedias íntimas ignoradas, de las que conozco un buen montón. Pero más claro; quise decir que temiendo todo no temo nada, porque conozco la rudeza y amargura de innumerables situaciones que si se repitieran, me dejarían sin poder indignarme ni espantarme. ¿Me has comprendido?

Mal pensada, lo fui mucho y casi siempre acerté, y ahora sólo juzgo por lo que veo. Adios, preciosa; te besa en la mejilla.—PALOMITA SIN HIEL.

Carlos.—¿Quiere usted comunicar sus alegrías como sus penas? Su familia está lejos, no tiene usted verdadero cariño. Si el afecto sincero de un corazón muy grande puede aliviar esta soledad de espíritu, amigo incógnito, le tiendo la mano, y seamos, si quiere, unos amigos muy francos.

Yo también me encuentro lejos de donde he vivido, casi sola, deseando encontrar una amistad sincera y verdadera, que tan difícil es de hallar. ¿Podremos ser buenos amigos? Así lo espero.—CARLOTA.

Por sobradamente indeciso, no he querido dirigirme expresamente a ninguna de las amigas incógnitas que figuran en esta simpática sección de la no menos simpática Revista MUJER, para no ser yo quien elija la que en adelante haya de ser mi amiga y confidente.

Soy joven y de temperamento alegre; pero formal. Acaso el serlo con exceso haya sido causa de algunos sinsabores que he sufrido. Odio los caracteres extremos que todo lo ven del color de su cristal.

Una de mis mayores ilusiones sería el poder aconsejar a una mujer sobre una situación moral de interés, y que ella me correspondiera.

En una palabra: quiero una amiga, claro es, incógnita, pues conocidas son imposibles de hallar.

¿Quién quiere picar? Os espera.—RAFAEL.

A Mari-Nel.—Como a usted, me encantaría el poder tener una amiguita íntima y desconocida, y créame, no sé por qué ansiaría que esa amiguita fuera usted. Quizá el candor y la bondad de sus líneas, que revelan la de su alma, sea lo que mantiene este vivísimo deseo.

Seremos buenos amigos, ¿verdad, Mari-Nel? Si así fuera, si aceptara mi amistad, ya en otra carta le diría muchas cosas más. ¿Quiere usted también contarme las suyas? Sepa, por adelantado, que soy sevillano, que tengo veintidos años, y... por hoy ya no más.

Es ya su buen amigo.—ANGEL.

A Carlos.—Al leer sus líneas, pleróicas de amargura, he sentido un irresistible deseo de coger la pluma para ofrecerle mi amistad.

Tengo sólo quince años; no tengo hermanos mayores, y sus palabras me han hecho entrever la posibilidad de tener ese hermano que Dios me ha negado, a quien poder pedir consejo.

Mi carácter es irregular; luchan en mí la altivez y el orgullo de una rama ilustre y la Democracia, que hace romper los lazos de todas las jerarquías.

No me comprenden; dicen que debo estar mal de la cabeza.

¿Quiere usted ser ese hermano capaz de comprender todo lo que puede encerrar un corazón de quince años?

Seré la hermana a quien se cuentan todos los secretos, y a quien se da un consejo cuando su inexperiencia lo necesita.

¿Acepta?

De ser así, su nueva amiga tendrá siempre para usted el cariño que le falta.—ANGELINA.

Para Allema.—No sé por qué escribirán los demás aquí. Sé para qué escribo yo, y voy en seguida a decirselo.

Quiero tener una buena amiga, tener con ella frecuente correspondencia; quiero conocerla y tener de ella un concepto verdadero.

Estoy convencido de que haber visto a una mujer no es haberla conocido; haber hablado con ella es irle conociendo, y haber leído sus escritos es haberla conocido. Por esto escribo aquí, para tener una amiga a quien conocer de verdad.

No la extrañe nuestra intromisión. ¿Va a encontrar raro que un hombre escriba en MUJER, hoy que la mujer conduce automóviles, juega al foot-ball y estudia Derecho o Medicina?

A mí no me extraña su curiosidad. ¿Sabe lo que me extrañaría? Que fuera médico. ¿Me escribirá en lo sucesivo? Su ya buen amigo.—UN GALENO.

Españolito.—Ya encontraste tu menuda rubia, que reúne todas las otras cualidades que deseas, unidas a un gran corazón de mujer. Me eres sumamente simpático porque siempre he deseado encontrar un hombre partidario de las rubias; así es que estoy dispuesta a darte mi sincera amistad. Espera impaciente la tuya.—CHIQUELLA.

Amigos incógnitos.—Ya llegó la hora de dirigirme a vosotros; muy ingenua me parece la pregunta de Allema deseando conocer la idea por la cual el sexo fuerte ha querido tomar parte con el bello. ¡Ay, bello!

Yo no tengo nada de bella; sin embargo, muchas veces «la suerte de la fea...» etc.

Pues bien: nada puedo decir de la intención de los caballeros; pero sí puedo asegurar que la mujer en ello lleva la esperanza de poder encontrar su hombre, su sueño adorado, en una palabra: su media naranja, ya que en el mundo es tan difícil hallarlo, por lo mismo que tanto se conoce.

Incógnitamente, sería un medio muy bonito y original, y, además, yo..., francamente, conocería lo que es eso de amor. ¡Oh! ¡Tantas veces he oído hablar de ello! ¡Tantas, también, han leído mis ojos dulces palabras de cariño! Pero nunca, nunca mis oídos han escuchado una vehemente palabra, una cariñosa frase. ¡Soy tan fea! Vosotros, incógnitos amigos, ¿seréis tan crueles que no me prodiguéis consuelo? ¡Sois tan egoístas todos! Pero tened en cuenta aquello de «haz bien y no sepas a quien».—NI NAY GURTI.

Para Allema.—Nada me ha interesado tanto de la original revista MUJER como su pregunta. ¡Con razón dicen que las mujeres son curiosas! ¡Si usted conociera al que esto escribe! Pero lo incógnito no puede descubrirse; sin embargo, sólo personalmente podría darle la solución, que lo haré, no obstante, en el número siguiente si su curiosidad insiste de nuevo en saberlo por.—UN LICENCIADO (NO DE PRESIDIO)

Ninguno de los amigos incógnitos que han escrito hasta ahora en la revista MUJER me ha gustado; así es que me atrevo a pedir un nuevo amigo; ¿quién será el simpático que me conteste?

Debe ser muy divertido escribirse con una persona a quien no se conoce.

Yo seré una buena amiga en todo el sentido de la palabra, y hasta le daré consejos a mi amigo incógnito si me los pide.—GRACIA.

¿Quién de los simpáticos desconocidos desea ser el amigo incógnito de esta galleguita? Os advierto, desde luego, que soy muy solista; pero, sin embargo, me atrevo a sostener correspondencia con un amigo anónimo.

Aunque me gusta un hombre muy a lo siglo XX, sin embargo, no me agrada un pollo banana que lo pase bestialmente, tenga plan jamón y me quiera una burrada. Con que ya lo sabes, futuro amiguito, aunque seas niño banana, disimúlalo.

¿Quién de vosotros contestará a—ENCANTIÑO?

Somos dos compañeras de colegio, tenemos quince abríles, dos castañuelas encantadas de la vida; pero temerosas de nuestra próxima salida al mundo, y deseamos que algún muchacho de experiencia nos aconseje en las mil dudas de amor que tenemos y que iremos exponiendo al que acepte la amistad de.—UN PAR DE PIMPOLLOS.

Para el que firma Carlos en el núm. 16.—¡Pobriño! Lejos, muy lejos de la familia. ¿Cómo vamos a permitir que sigas triste e incomunicado y que dudes de nuestra bondad de corazón? No, mil veces no. ¿Quieres una amistad de mujer franca y leal? Yo te la ofrezco. Podrás comunicarme tus pesares y alegrías; a veces yo te comunicaré los míos, y trataré de hacerte olvidar esa terrible soledad de espíritu. ¿Aceptas?

Por tu carta he podido juzgar un poco, como eres; pero puede ocurrir que me equivoque y seas un guasón dispuesto a tomarnos el pelo; no creo que tengas tan mal gusto; yo llevé la melena a lo garçonne, ¿sabes?—REBECA.

Tengo veintitrés años. No me gusta el flirt, no bailo, tengo pocas amistades. ¡Qué miedo!, ¿verdad?, en esta época tanta seriedad. No crea que lo digo porque soy pesimista o tengo spleen, nada de eso.

Soy así. Es mi carácter, con un corazón muy grande, que quisiera encontrar un amigo que me comprendiera.

¿Alguien me ofrece esta amistad franca, verdadera? Estoy en la duda... El tiempo me lo dirá.—MYRTO.

Constance Talmadge.—Amiga Constance (como desde ahora creo podré llamarla), lei en esta simpática Revista que buscas una amiga para contarte las penas y alegrías que tú tienes, y, desde luego, si aceptas mi amistad, espero me las cuentas todas como yo a ti las mías. Tengo, como tú dices, diez y siete años.

Respecto a lo de escribir a los chicos, me parece una cosa muy natural, pues es muy agradable eso de tener un amigo a quien escribes y no conoces, que nadie podrá decir nada, pues no es como si escribieses a uno que conocieras. Ya sabes que aquí en España eso del compañerismo entre chicas y chicos no entra; en cuanto te ven con uno, ya dicen que es tu novio.

Esperando me contestes y me cuentas muchas cosas, te abraza.—BETTI COMPTON.

Amigos incógnitos.—Tengo miedo y no sé cómo empezar, pues nunca he escrito en circunstancias semejantes; pero mi deseo vence al temor que esto me causa. Desearía, simpáticos lectores, que alguno de vosotros fijase la vista en estos renglones y, si os place, contestéis a ellos ofreciendo vuestra noble amistad a esta amiguita que desde ahora os la ofrece muy sincera.—LULI DE BELANCUR.

A una morena.—No te has engañado, querida amiga (ya que espero lo seamos), al creer, que no quedarías desatendida.

Quisiera, como tú, tener una amiga, que bajo el tupido velo del misterio, pudiera contarme sus penas y sus sueños.

No sé por qué te escogí. Tal vez, esa intuición que dicen poseemos las mujeres me hizo adivinar, al través de tus breves líneas, el cariño y sinceridad que buscaba.

¿Acaso me engañé?

Tu contestación tal vez sea un desengaño para tu nueva amiga.—MYOSOTIS.

He leído esta sección y me decido a escribir a ver cuál de vosotros es el más amable que me contesta.

Tengo diez y seis años, muchísima afición a la lectura y al baile, el carácter alegre y un gran deseo de tener una amiga o amigo incógnito.

¿Habrá alguien que acepte la amistad que le brinda—LA PERLITA?

Entre los amigos incógnitos ¿habrá algún espíritu elevado que quiera consolar un alma incomprendida?

Mis penas son todas de amor; por esto, creo que hallaré, entre los amigos incógnitos, alguno que sepa consolarme del tormento que sufro, y creo que podrá aconsejarme mejor que una mujer, siendo del mismo sexo que el causante de mi dolor.

Encontraré el amigo que tanto ansia mi alma?—VIOLETA DE PARMA.

M.—Madrid.—¿Pasará usted sus ojos por esta Sección? Dios haga que así sea y se fije en estas líneas que solo para usted van dirigidas.

Tan interesantes y tan nobles me han parecido sus confesiones y tanto han llamado mi atención, que me mueven a suplicarla su amistad, pues sus pensamientos son un reflejo fiel de los míos. Una gran comunidad de ideales los une. Usted ha sufrido mucho —prueba de ello es su manera de expresarse— y yo también.

En estos tiempos de materialismo..., ¡cuán difícil es encontrar un alma sincera que tenga ideales nobles y que sólo anhele el bien de sus semejantes!

Presiento en usted un gran corazón; una mujer buena, sencilla y amante, y esto es lo que me impulsa a solicitarla me conteste, pues en mí encontrará un alma gemela y humilde que sabrá comprenderla.

No oculte sus ideales y levante la frente puesto que son nobles. ¿Hay mayor orgullo que estar satisfecho de sí mismo y que su conciencia no la reproche de nada, si no es de proceder bien? ¿Me perdonará?...—ARA.

Polin.—Soy americana del Sur, pero he sido educada en Unites States; por eso no dudo que a pesar de tener tantos éxitos, atenderás my letter.

Estoy pasando una temporada aquí. Echo mucho de menos la camaradería de mis amigos yankees; por esto, al leer que compartes sus ideas deportistas, me decidí a escribirte ésta; practico todos los sports, incluso el boxeo, el que ejercitaba con mi amigo Tommy, mi mejor partner. ¿Quieres tú reemplazarle por esta temporada?

Good-bye, tu contestación.—YOUTH.

Nini.—Haces muy mal en detestar las «carabinas» que son armas muy útiles para la caza mayor, guardas jurados, etc. ¡Ah!, pero ahora comprendo, ¡torpe de mí!, que a lo que tú llamas «carabinas» es a las señoras o señoritas de compañía. Pues bien; yo opino y creo que como yo infinidad de personas, que esas señoras o señoritas, por el solo hecho de ganarse el pan honradamente, son dignas de toda clase de consideraciones y respetos.

Lo que si encuentro bastante censurable es que las «niñas» encomendadas a su cuidado las tomen como objeto de risión, y que algunas veces, confundiendo con la cocinera, las hagan transportar en contra de sus deseos, de un lado para otro, una pesada y voluminosa cesta.

Continúo leyendo las líneas por tu mano trazadas y observo con disgusto que también reniegas de la compañía de tu mamá, cosa que nunca debes hacer, pues la mayor satisfacción que puede tener una joven es hallarse al lado de su madre, pues es la única persona que nos quiere de verdad y siempre. ¡Qué felicidad más grande si viviera mi madrecita de mi alma!

Lo de la «caraba» y el plan «ostra», aun cuando resuelvo algunos jeroglíficos, confieso ingenuamente que no sé lo que quiere decir. ¿Por casualidad es griego? A mí las ostras me gustan con un poquito de limón.

Y ahora, pidiéndote mil perdones por lo que puedan tener de amargas mis anteriores palabras, te daré mi opinión con respecto al «Fiat».

El último modelo de coche «Fiat» (supongo que te referirás al tipo 519) es precioso, muy bonito, elegantísimo de líneas, y, respecto a comodidad, puede competir con el «Rolls».

Ya te he dicho mi parecer a lo que tú preguntabas. A mi vez, quiero yo hacerte una preguntita: ¿Qué tal estás tú en eso de las vainicas, dobladillos, zurcidos, etc.? ¿Pez? Pues besa tus escamas.—EL AGUA.

Palomita sin hiel, La Trini, La Señorita Claridades y La Flor de la Idea.—Esto sí que ha sido colosal, bestial, estupendo y jamón... con chorreras.

No saben ustedes bien la alegría que me ha producido leer sus contestaciones al niño banana ese que se firma Polin. La pena es que no todas han sido de la misma opinión. Pero qué le vamos a hacer. Nunca falta un roto para un descosido; y es alegre pensar que es mayor el número de muchachas que saben dar tan bonitas contestaciones.—R. L., Vitoria.

A Carlos.—No está mal, querido Jeremías, que esperes de la bondad de la mujer; pero yo no es por buena que acuda a tu llamada, es por salvar la negra honrilla de mi sexo. Y como si fuese poco, ahí va otra verdad: no me hace mucha gracia ser consolatrix afflictorum; pero has acertado a llamarte Carlos o a escoger ese seudónimo y yo, ¿qué quieres que le haga...?, no he podido menos de escribirte porque tengo debilidad por los «cardos».

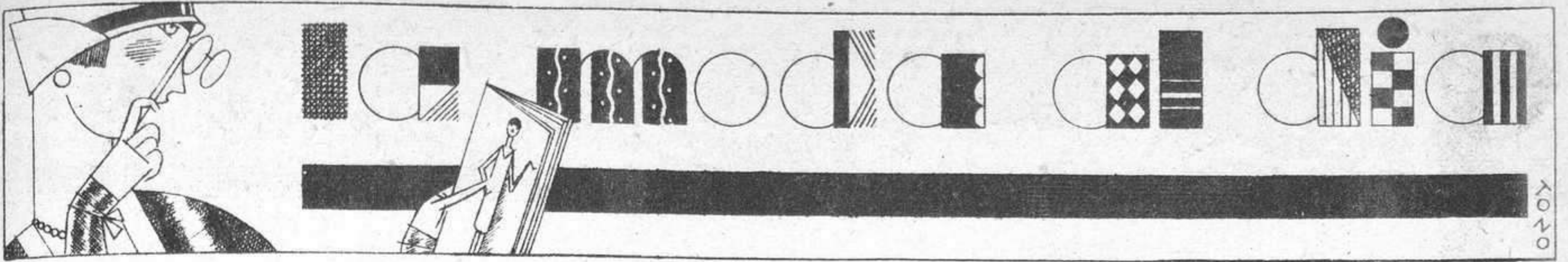
Yo sé que no te consuelo con estas líneas tan prosaicas. Espera todavía (si quieres) y por mi próxima conocerás la deliciosa amistad que puede proporcionar el corazón de la mujer.—GIOCONDA.

A todos en general.—A vosotros me dirijo, muchachos. Yo desearía tener un amigo incógnito; pero dudo mucho que esto sea, pues tengo muy mala suerte.

¿No habrá ninguno que se apiade de mí?—ESPERANZA.

Amigos incógnitos.—Tenemos ansias de tener un amigo con quien se pueda comunicar todas nuestras impresiones malas o buenas, tristes o alegres, serias o estafarías. ¿Quién de vosotros será el «desgraciado» que cargará con nuestra amistad? Os prometemos que no se arrepentirá el que se fie de.—LAS DOS.

Todos los suscritores a MUJER por un año tienen derecho —mientras no se anuncie lo contrario— al regalo de libros que se anunció en los primeros números de MUJER. Los que no hayan hecho uso de este derecho pueden reclamarlo. Los que necesiten consultar algún punto relacionado, o no, con este regalo deben enviar cincuenta céntimos para la contestación.



Sección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda.
 en FEMINA de
 París

Crónica

LOS GRANDES MODISTAS



WORTH

Lindo vestido verde «jade», bordado de perlas y de «strass» y ligeramente plegado a un lado, siguiendo un movimiento de gran novedad. Por delante, va muy fruncido; sujetan estos frunces los dos motivos de la cintura.

LUCIEN LELONG

Vestido de noche, fácil de poner; es de muselina de seda color de flor de capuchina, sobre un viso de crespón de China del mismo tono. Los volantes, festoneados, van orlados de un bordado de perlas y de «strass».



- WORTH

Trajecito muy sencillo de «kasha», color palo de rosa. El vestido lleva un cinturón de cuero respunteado. El abrigo es de cuero pardo rojizo. Un cuellecito muy estrecho de piqué blanco subraya el escote.



WORTH

En el centro, otro trajecito de «kasha», en dos tonos: la parte inferior, plisada con anchas tablas, es azul marino; el cuerpo es azul claro con una tira más oscura. El abrigo es de terciopelo de lana azul marino.



LUCIEN LELONG

Abrigo de terciopelo «beige», adornado de «renard». Es muy sencillo y lleva solamente dos canelones a los lados. Muchas mujeres elegantes han adoptado esta hechura.





PHILIPPE ET GASTON

En este vestido, preparado para la Costa Azul, aparece muy visible el movimiento de capa que nos auguran para la primavera. Es una «robe-manteau» de paño «beige» claro, adornado con nutria.

NICOLE GROULT

Vestido propio para muchacha; es de terciopelo negro y crespón de China azul «Roi»; la falda, de terciopelo, se abre sobre un viso plisado. Cuello alto, formado por una tira de seda flexible, que se anuda por detrás.

NICOLE GROULT

A la derecha, arriba, otro vestido para muchacha, de raso rosa, bordeado con un ancho jaretón de terciopelo negro. El ancho lazo de terciopelo que lo adorna por delante, se ha suprimido en varias ocasiones, al reproducirse este modelo, por juzgarlo de una originalidad excesiva.



La
Moda



en el
Teatro



CHERUIT

En el Teatro Michel, ha causado sensación un vestido llevado por Mlle. Arletty, y que aparece en esta página, arriba. Este vestido es de crespón de China color de óxido, y lleva una capa enteramente plisada, sujeta al cuello con una echarpe.

LUCIEN LELONG

A la izquierda, traje visto en el escenario del Teatro de Capucines. Es de crespón de China negro, con anchos puños y un cuello de crespón blanco; lazada en el escote; otra lazada igual en la cintura.



CHERUIT

Maaemoiselle Arletty, del Teatro Michel, luce aquí —a la derecha—, sobre una falda plisada de terciopelo «beige», un «casaquin» de terciopelo verde, bordado en oro y negro.

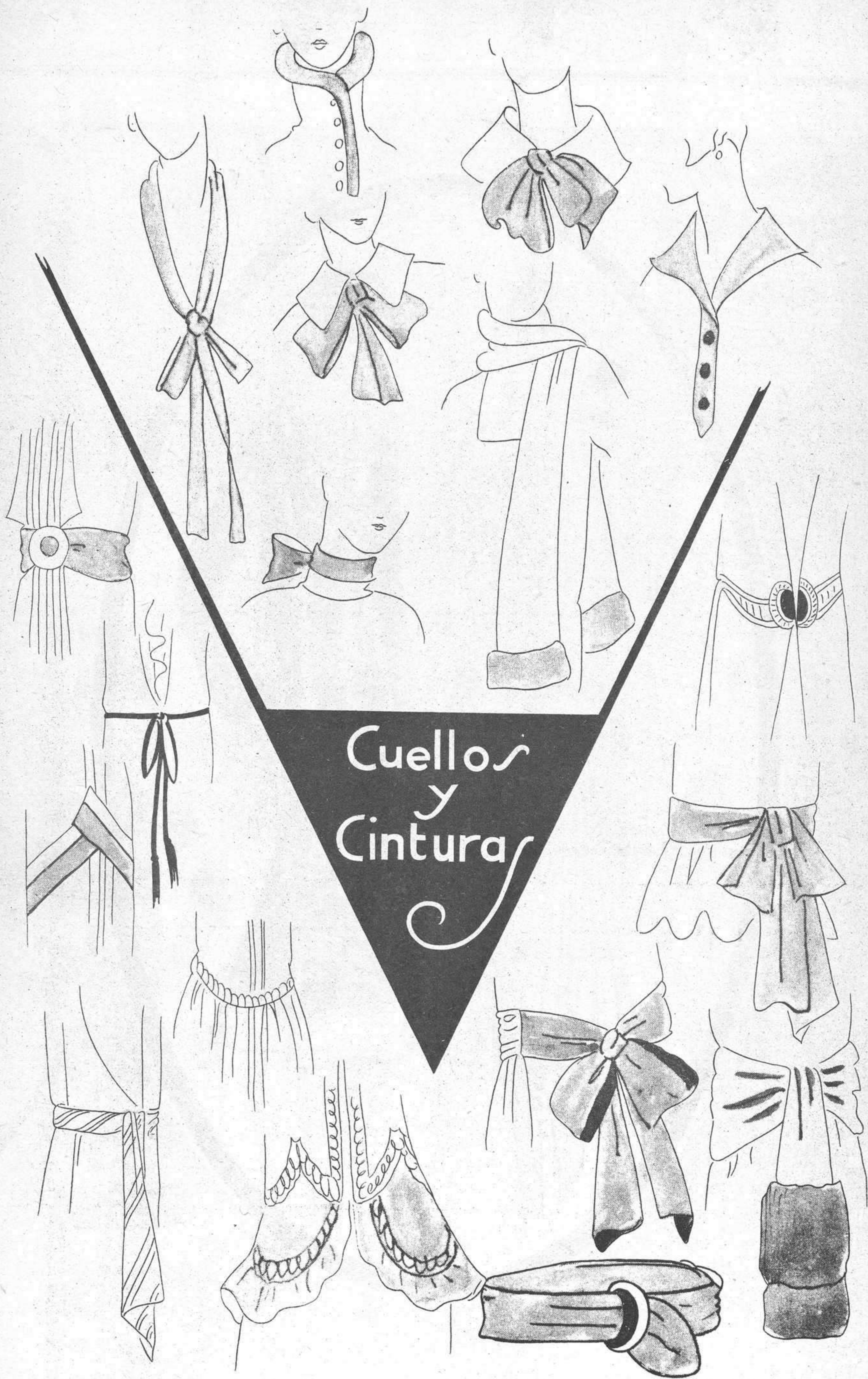


ALICE BERNARD

Vestido de crespón «Georgette», verde, bordado en oro y cristal, y llevado por Mlle. Germaine Barron. Dos «draperies», colocadas por detrás, caen desde los hombros sobre los brazos.

LUCIEN LELONG

En el Teatro de Capucines, Mlle Favart aparece vestida de raso negro, con un jaretón de «lamé» de oro; el cuello, la corbata de largas caídas y los puños, son también de «lamé» de oro.



La infinita variedad de los escotes es uno de los más graciosos detalles de la moda; pero son pocas las mujeres que saben elegir un escote que favorezca a su rostro. En esto, como en muchas menudencias del vestir femenino, no basta que tal escote esté de moda para elegirlo. Por ejemplo, el cuello «Claudina», encantador para una mujercita de rostro juvenil, resulta ridículo en una señora de cierta edad. El cuello alto y recto sienta bien a los cuellos largos y finos; en cambio, la abertura en forma de V alarga la línea. Y la echarpe, velando la doble barbilla, hace un favor inapreciable a algunas caras demasiado redondas.



TRAJES DE PUNTO PARA EL GOLF

Los trajes de «jersey» gozan de un gran favor, y parece que en estos momentos las listas atravesadas se prefieren a las verticales. El modelo que aparece arriba, a la izquierda, es de punto «tete de negre», «beige» y castaño, con un cuello de punto blanco.

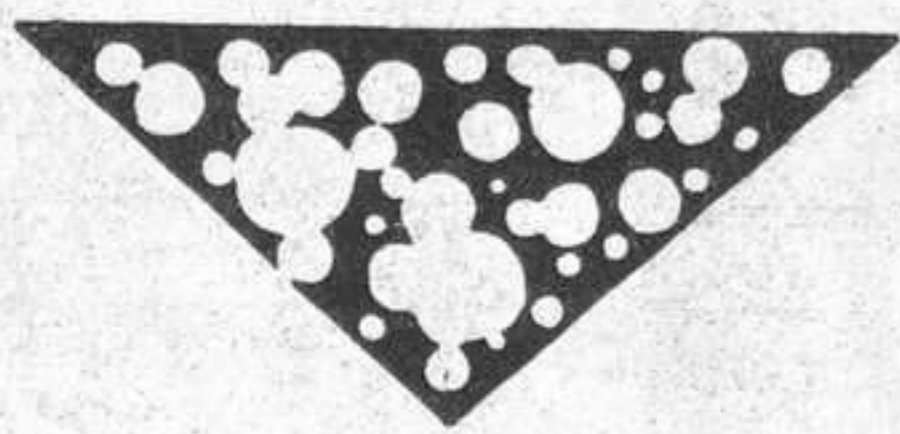
Arriba, en el centro, vestido de punto, blanco y azul, preparado para pasar una temporada en el mediodía; la cintura se abre sobre dos bolsillitos; el cuello, forrado de «jersey» azul, se cierra con una corbata «gros-grain», azul marino.

De los tres modelos que aparecen arriba, el de la derecha lleva listas muy finas, que favorecen mucho más a la silueta que las listas anchas; un delantal, de anchas tablas planas, va pegado debajo de una franja de «jersey», más oscuro que el resto del traje.



Vestido de punto blanco, listado en verde y negro. En su parte inferior, le ensancha una tabla hueca, que nace debajo de una tira de «gros-grain» negro; el cuello y los puños son negros también.

PARA ESTAR EN CASA



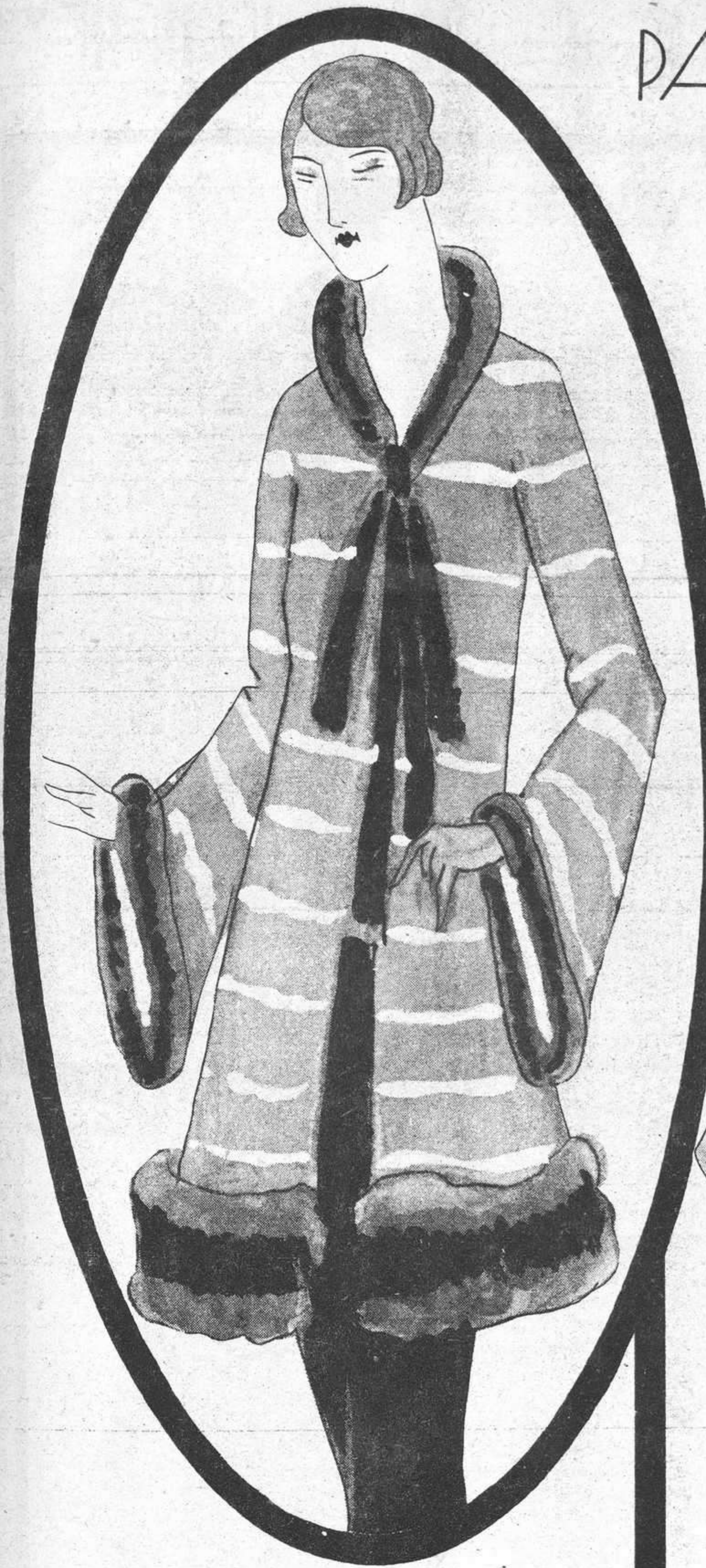
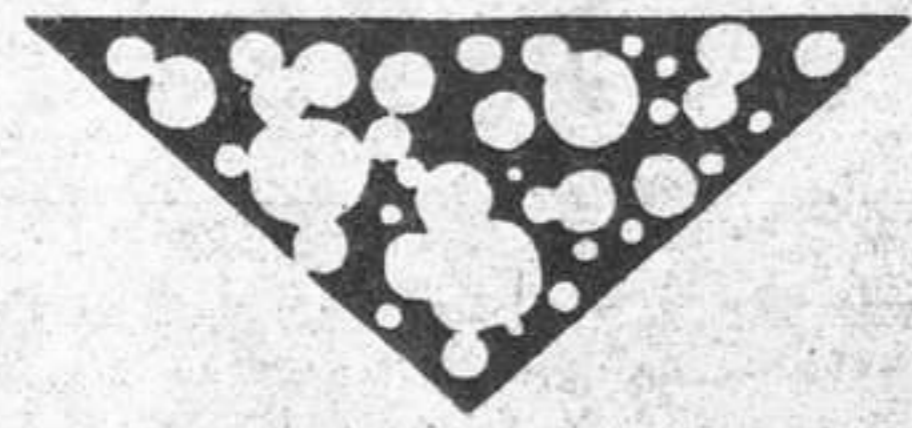
Arriba, traje de terciopelo estampado, con amplias mangas, cuyo forro, así como el cuello del traje, es de terciopelo liso. Por delante, un «panneau» plisado, le da cierta originalidad.



Traje de «twill» azul o rosa, con grandes lunares blancos, forrado de una duvetina de seda muy mullida y de mucho abrigo. De idéntica duvetina son los puños, el cuello y la cintura.



PARA ESTAR EN CASA



Pijama de raso negro, sobre el cual se coloca un abrigo de terciopelo listado y ligeramente ensanchado hacia abajo y bordeado de piel; la misma piel bordea las mangas y forma el cuello.



«Tea-grown» de «crepe-satin» blanco y encaje de seda blanca; también puede hacerse con encaje de plata.





Arriba, a la izquierda, traje de sastrería de duvetina azul marino, adornado con duvetina negra. El cuello, alto, va forrado de negro. La cintura es de ante, con una hebilla de galalita.

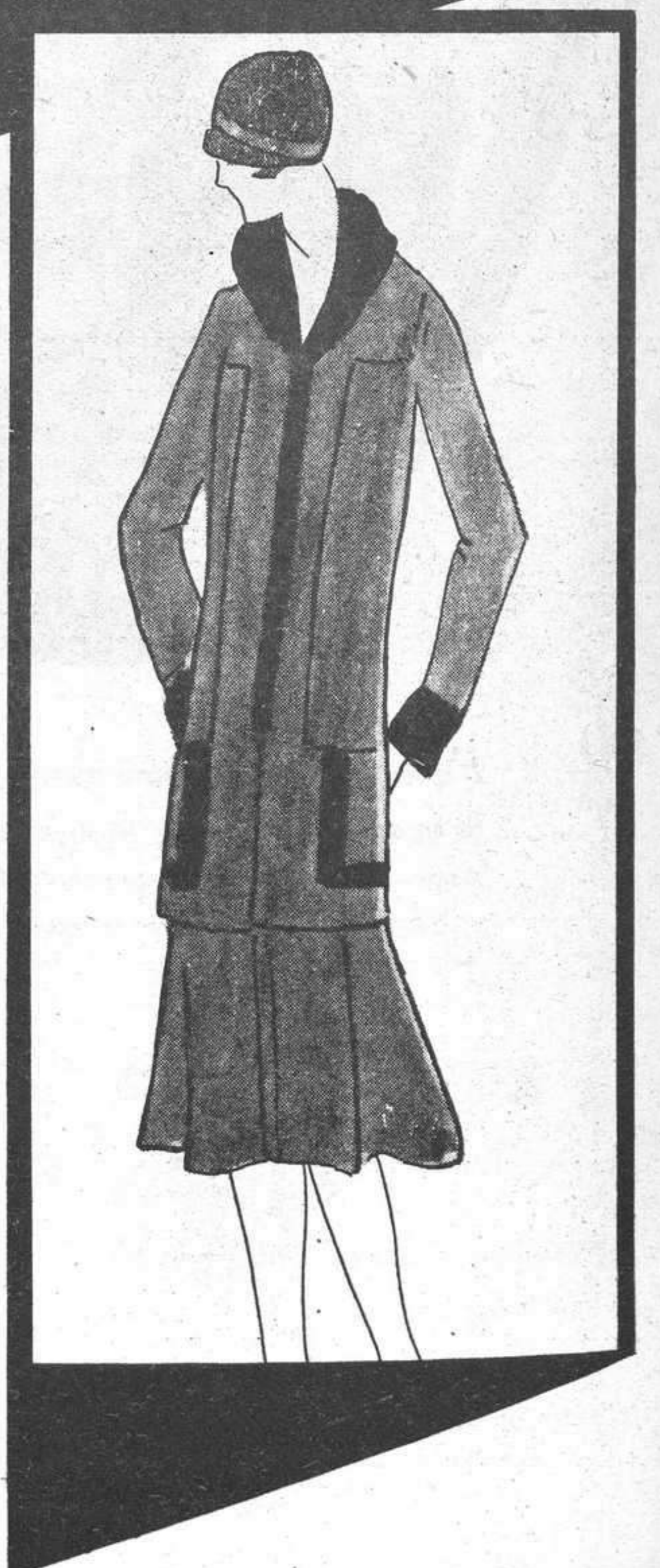
En el centro, abrigo de drapella, adornado de rata chinchilla; el bajo es de drapella gris. Este abrigo se abrocha completamente a un lado.

El tercer modelo —arriba— es un traje de terciopelo de lana gris, con un cuello y puños de nutria. Una tira de terciopelo de lana, negro subraya el bajo de la levita y de la falda.

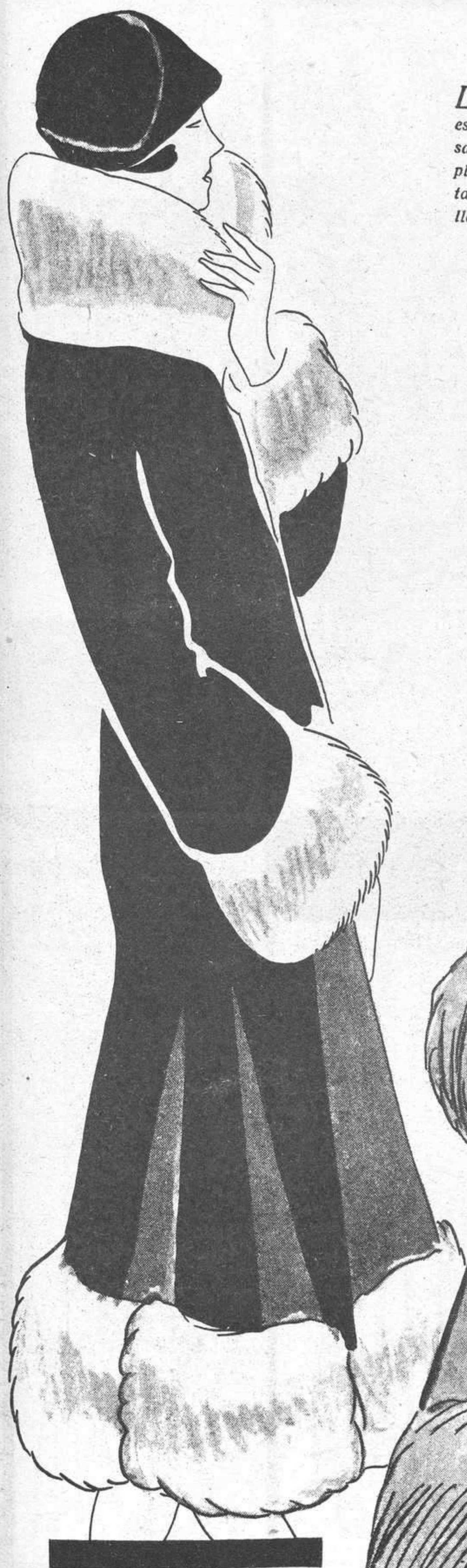


Abajo, a la izquierda, modelo de levita corta con canelones, tal como algunos modistas quieren ponerla de moda el verano próximo; los puños son de «renard» negro, y una franja de la misma piel adorna el cuello, que es muy largo.

Abajo, a la derecha, traje encantador para una muchacha. Es de reps verde botella, con anchos bolsillos, subrayados por una estrecha tira de piel de nutria. El cuello es de nutria también.

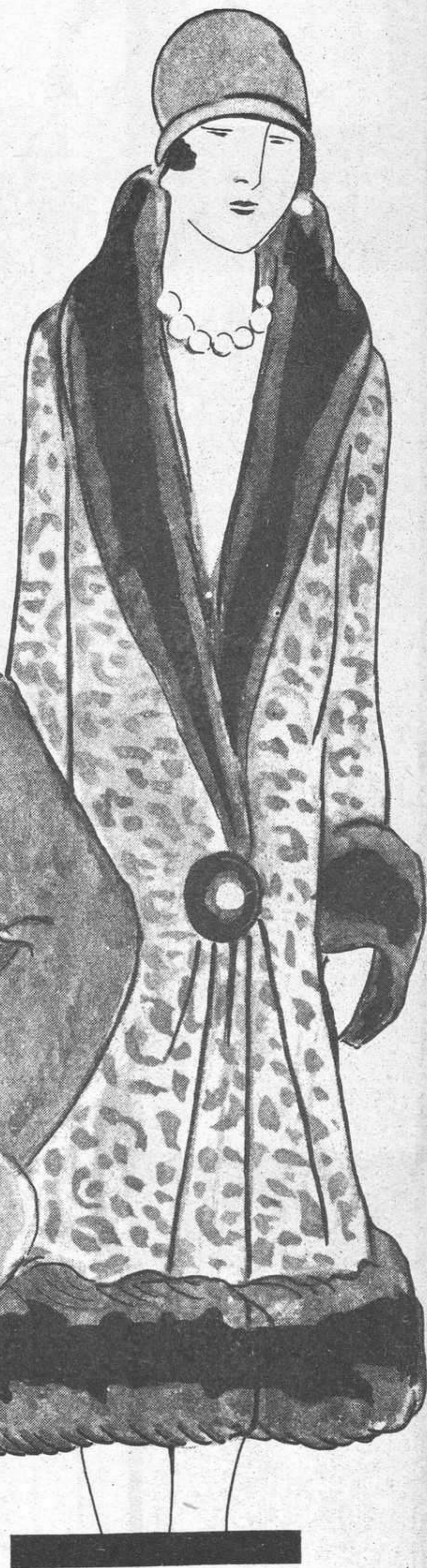


ABRIGOS DE PIEL



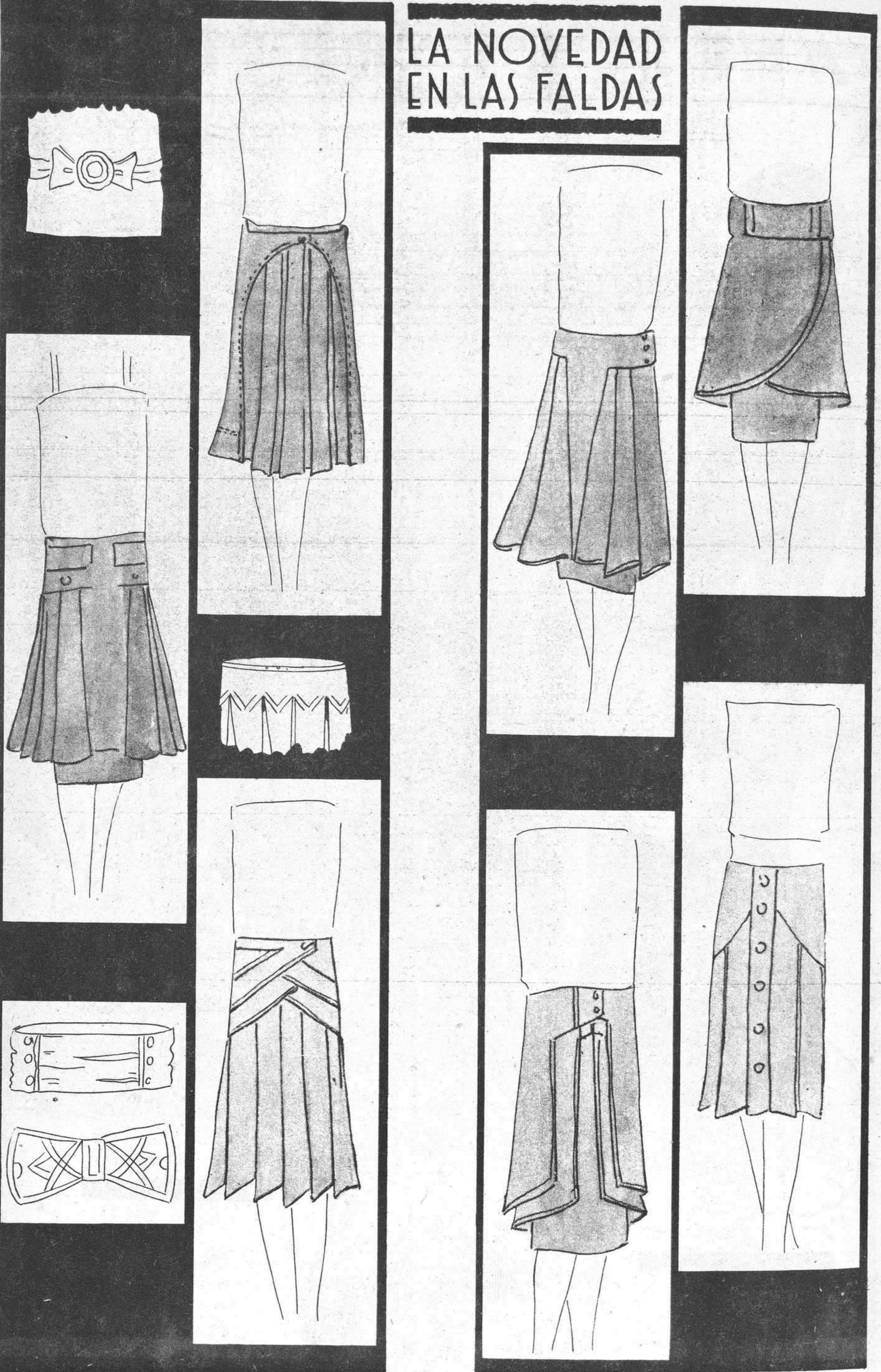
Se nos predice un invierno tan riguroso que todas soñamos con los abrigos de pieles. Este hermoso modelo de nutria lleva amplios canelones y un ancho zócalo de rata chinchilla.

La piel de cordero «rasé» y la de potro están de moda, y resultan menos costosas que otras pieles. He aquí, por ejemplo, un abrigo de cordero «rasé» que imita admirablemente el «breichwanz» y que lleva un amplio cuello y puños de liebre teñida.



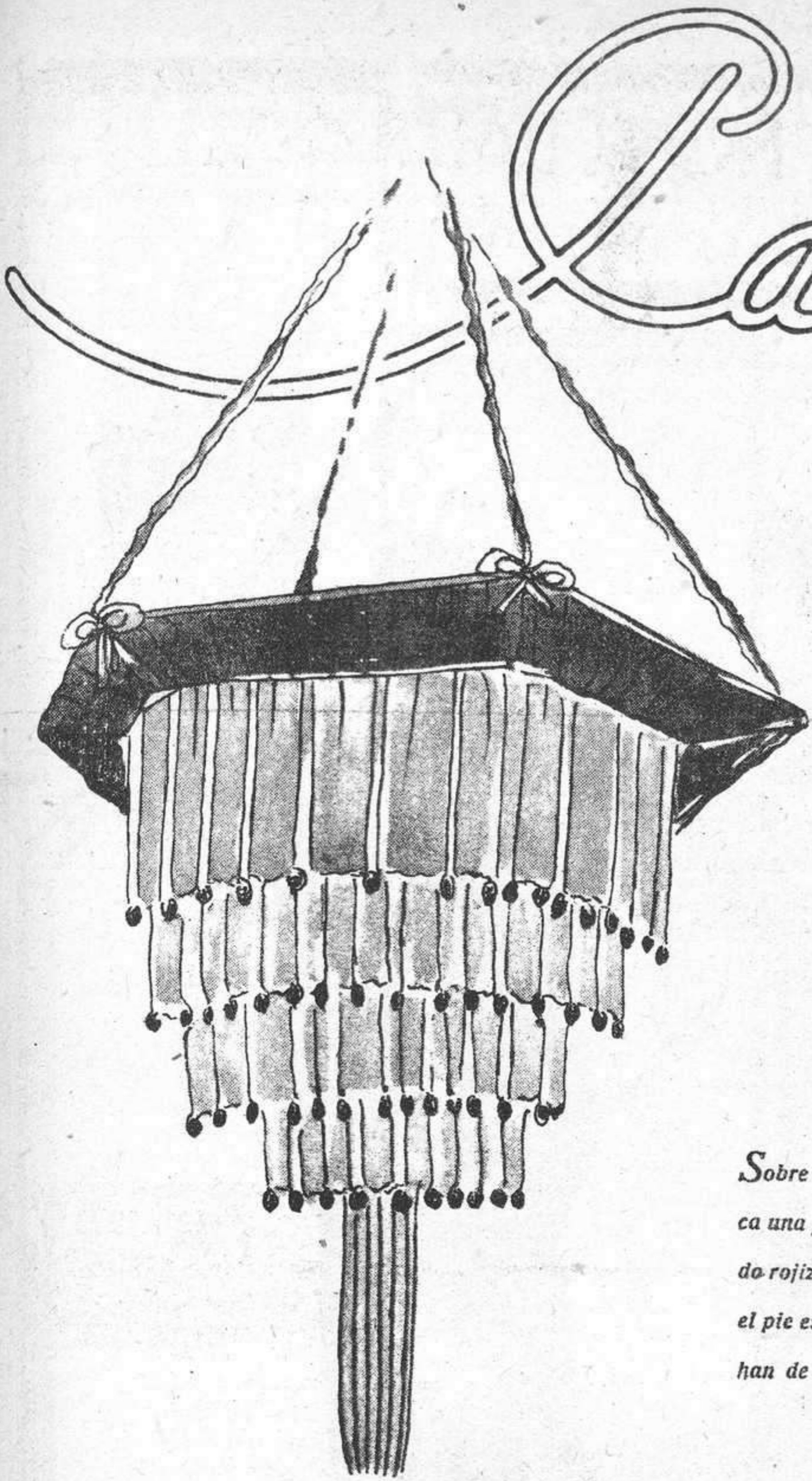
La piel de pantera es muy original y se hacen con ella preciosas prendas de «sport». El modelo adjunto va adornado con nutria; esta es una combinación acertadísima, pues los colores de ambas pieles entonan perfectamente.

LA NOVEDAD EN LAS FALDAS

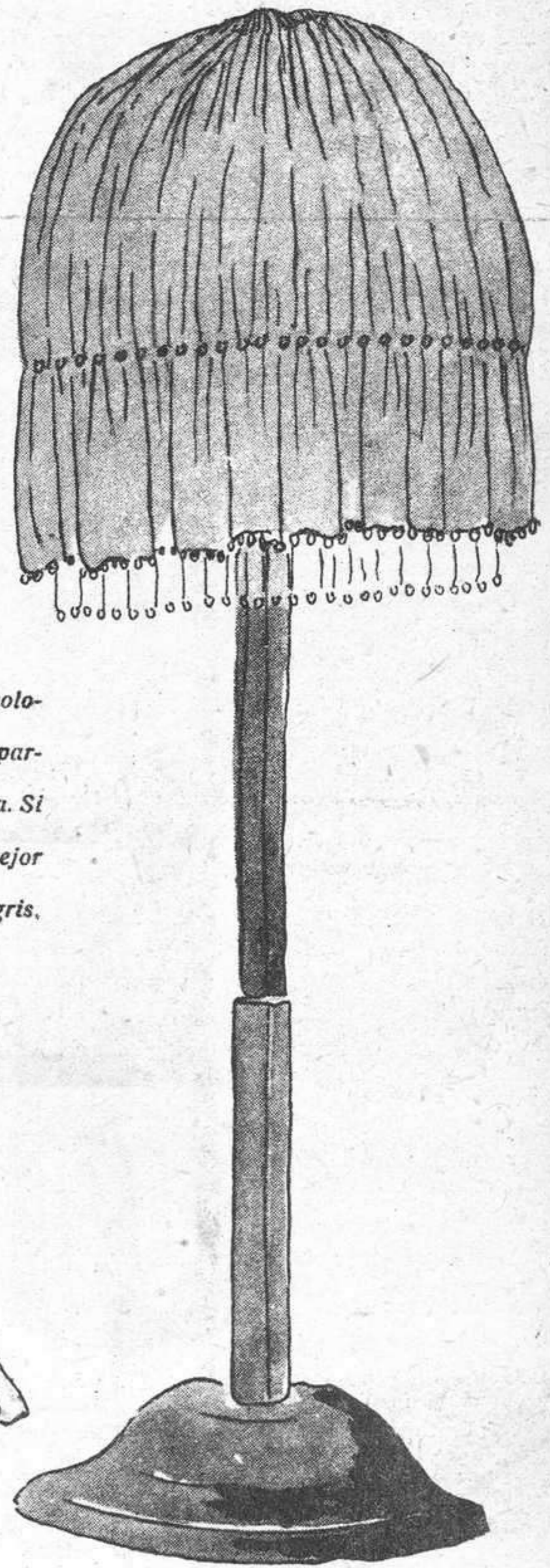


Resulta sumamente práctico poseer una falda, sobre la cual pueden colocarse indistintamente las largas *casacas* de crepe-satin, los *sweaters* de jersey, o los *pull-over* de punto. Hallaréis en esta página una gran variedad de modelos de faldas, que pueden ir pegadas a cinturas de *gros-grain*, muy anchas, o a cuerpos interiores de *toile* de seda.

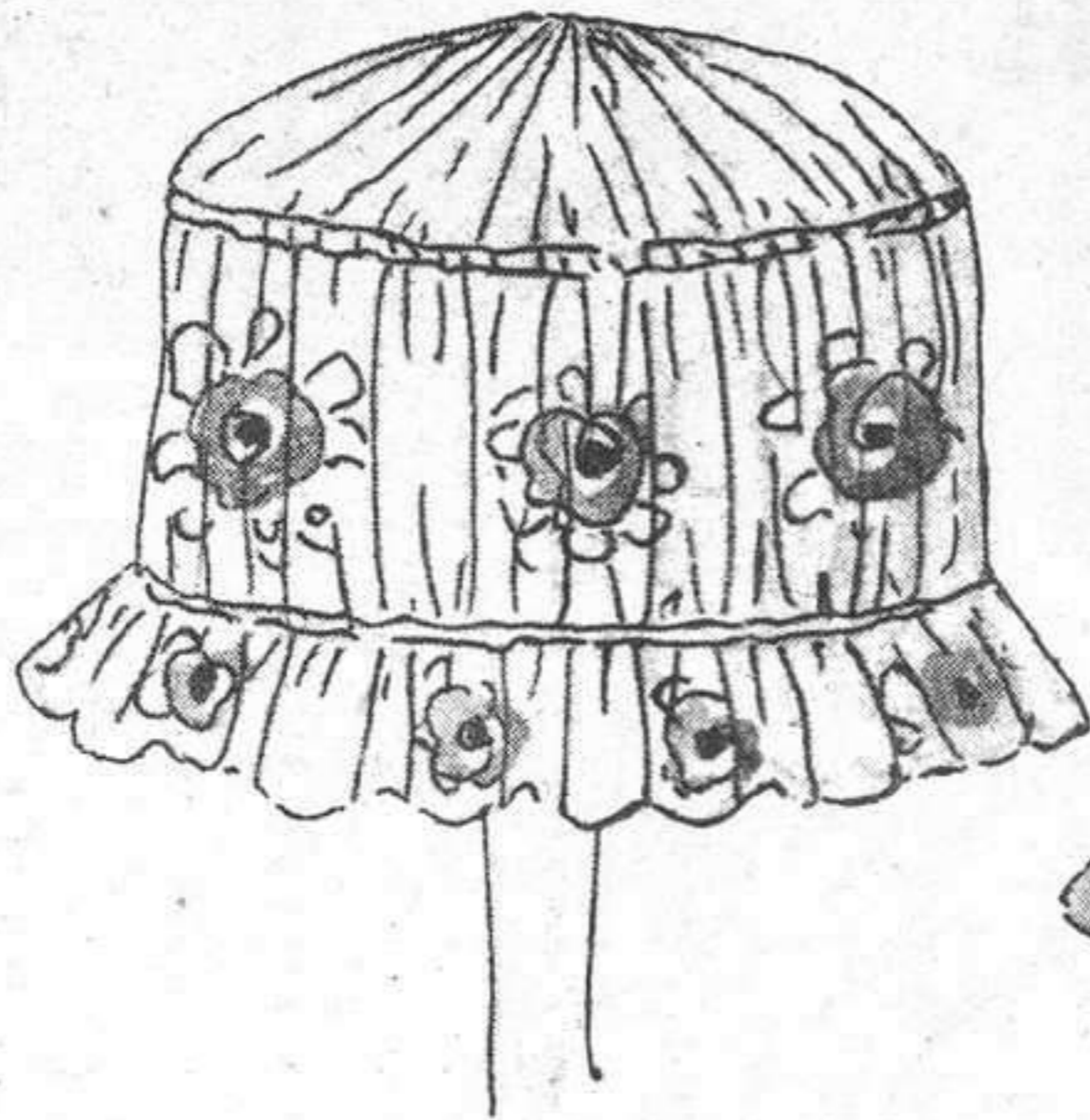
Pantallas



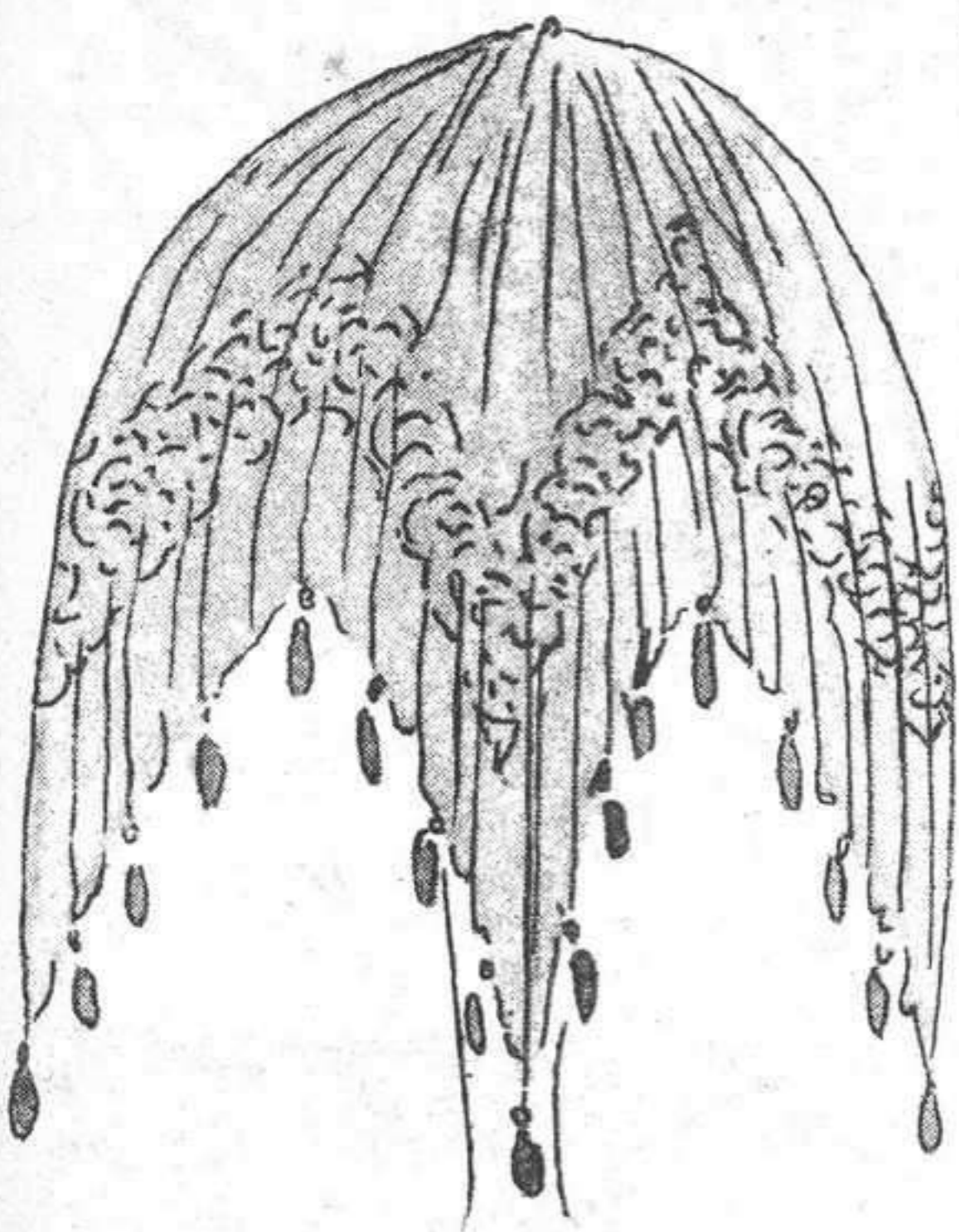
De esta pantalla, de muselina de seda, cuelgan gruesas y pesadas cuentas de madera, del mismo color que va pintado «al ripolin» el ancho bastidor cuadrado que sirve de armadura.



Sobre un pie de madera dorada, se coloca una pantalla de muselina de seda pardo rojiza forrada de muselina blanca. Si el pie es plateado, los colores que mejor han de entonar con él son azul y gris.

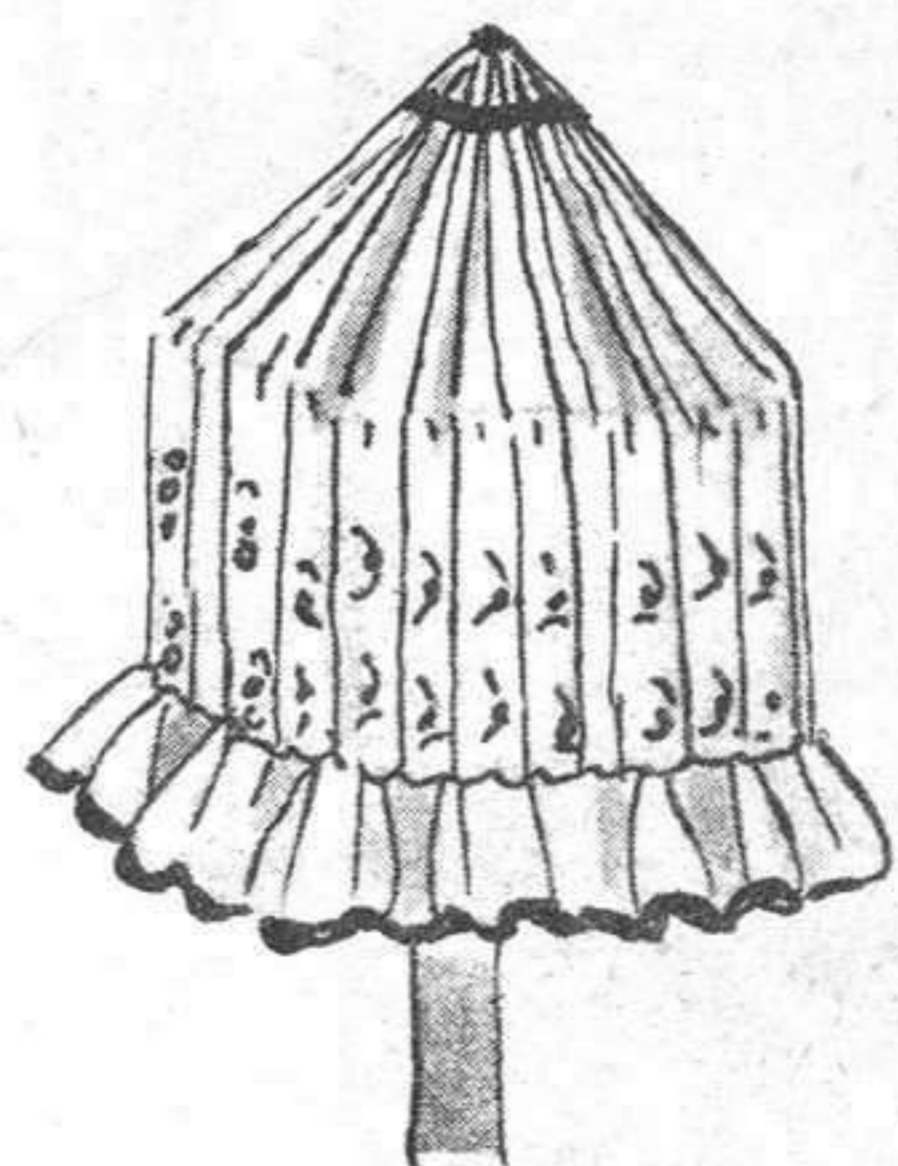
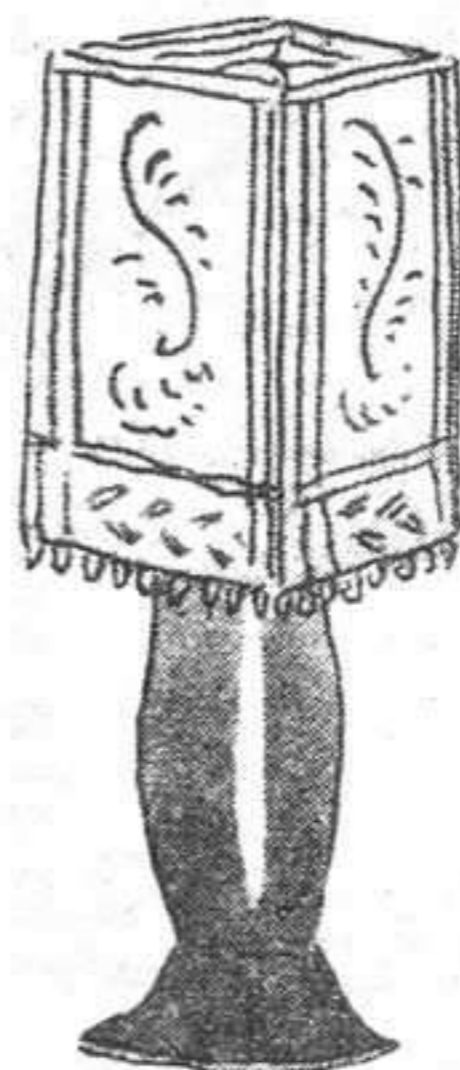


Esta pantalla es muy apropiada para un cuarto de pollita. Es de muselina blanca y lleva, incrustados, motivos de muselina de seda florida multicolor.



Esta pantalla, que forma picos, es de muselina verde y encaje de plata, orlada con gruesas aceitunas de madera pintada.

Sobre un florero, transformado en lámpara de cabecera, se coloca una pantalla cuadrada de muselina es:ampada.



Esta pantalla de muselina, con su volante fruncido, tiene cierto airecillo anticuado que le irá muy bien a una palmatoria de madera pintada.

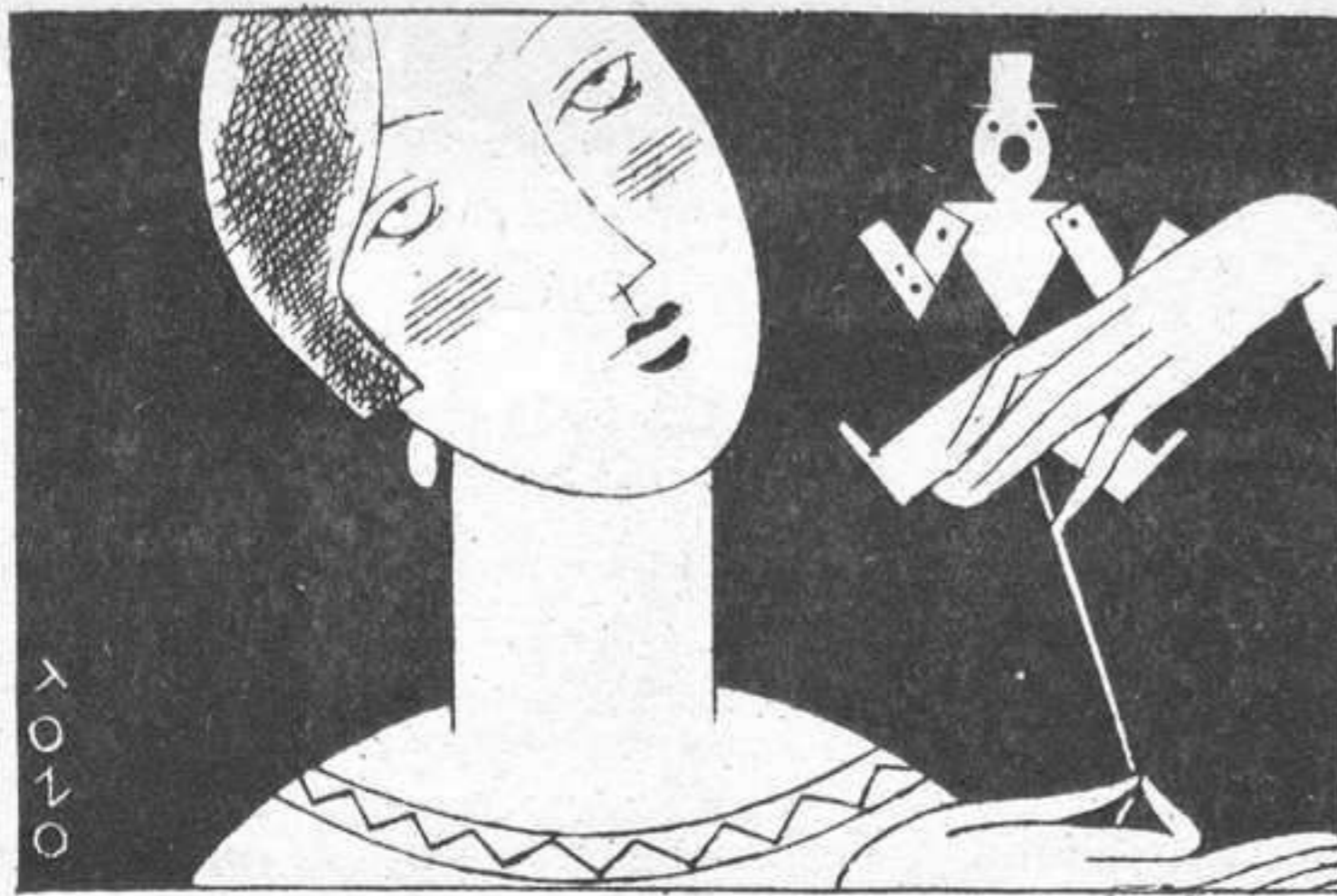
Arriba, a la izquierda, vestido para muchacha, de crespón de China estampado, naranja y azul. El delantal, plisado, va bordeado a los lados por una ancha franja de crespón azul. El cuellecito alto y la abertura, van forrados del mismo crespón azul.

Sobrio vestido de «reps» rojo, adornado con charol negro. Cierra a un lado. Los gruesos canelones de la parte inferior van subrayados por tiras de charol.

A la derecha, vestido de terciopelo negro, abierto sobre un canesú de «faille» blanca. Una estrecha cinta de «faille» ribetea la abertura y se anuda formando una corbata. Puntos de «faille» blanca.



Estas dos formas de mangas gozan actualmente de un gran favor. Una —a la izquierda—, medio larga y con un volante «en forma», resulta algo paradójica en este momento del invierno. Otro tanto puede decirse de la manga ancha —a la derecha—, que aparece en muchos abrigos y trajes de sastre.



MONINA

NOVELA

POR

C Y P

(Continuación.)

—Pedrito —dijo la marquesa después del almuerzo, cuando todos estuvieron reunidos en el salón—, no me has dado el libro que te encargué ayer.

—¿Qué libro, tía?

—La novela de Dumas, para el cura.

—¡Ah!... Ya no me acordaba.

—¿Se te olvidó el encargo?

—¡Nada de eso! Sino que Pellesín no la tenía.

—Es extraño, porque está muy surtido.

—¡Cualquiera lo diría! Más bien me ha parecido que ni siquiera conoce ese libro.

—¡Qué disparate!

—Te digo que no. Y empeñado el testarudo en que ese libro no era de... de... ¿Cómo se llama... ese...?

—Dumas.

—Sí, Dumas; eso es. Pues todo el rato estuvo repitiéndome: «Yo conozco bien a Dumas..., bastante bien..., pero aseguraría que ese libro no ha sido nunca suyo». En fin, ha quedado en buscarlo y en enviarlo, si lo encuentra.

—Aquí hay —dice Rueille revisando el correo llegado durante el almuerzo—. Aquí hay una carta de su librero, abuela; sin duda no ha encontrado la novela.

—Ábrala, Pablo, hágame el favor.

Rueille desdobló la carta y leyó:

«Señora Marquesa: Es imposible encontrar el libro perdido por su señor sobrino. Deseoso de servirla, he buscado entre mis colegas y he teleografiado a París, de donde me responden que *El bastón del señor Molard* no existe ni ha existido nunca en librerías.»

—¿*El bastón del señor Molard*? —preguntó la marquesa, sin comprender—. ¿Qué es eso?...

Y de pronto exclamó asombrada:

—¡Ah!... *El bastón del señor Molard* es *El bastardo de Mauleón* en boca de Pedrito. Razón tenía yo al querer escribirle el título, pero él se empeñó en que no hacía falta.

El señor de Jonzac elevó los ojos al cielo, medio risueño y medio disgustado.

—¡No hay quien pueda hacer carrera de este animal!

—Uno es como puede —dijo Pedrito, muy colorado—; además, que ayer estaba un poco aturdido, porque por poco volcamos al entrar en Pont-sur-Loire.

—¿Volcar? —preguntó la señora de Bracieux—. Pues ¿qué pasó?

—Que Monina tuvo la absurda idea de pasar en *mail* por la calle de Rabelais..., y el señor de Clagny le hizo caso... ¡El viejo loco!...

—¡Eh, niño —dice la marquesa— hable usted con más respeto de mi buen amigo el señor de Clagny!

—No tiene pizca de formalidad su buen amigo para sus años. Pudo habernos estrellado. Sin contar el barullo que armamos en la calle de Rabelais. Las ruedas del *mail* rozaban el borde de las aceras, los muchachos escapaban de entre las patas de los caballos, el sonido de la trompeta hacía que las mujeres se asomaran a las ventanas dando gritos. ¡No dejaba de ser divertido! Y las había bien bonitas, ¿verdad, Pablo?

Y como Rueille, preocupado, no respondiese, se volvió al abate:

—¿Verdad, señor abate?

El abate Courteil respondió sincero:

—No sé nada; no me fijé.

Pedrito no se dió por vencido.

—Bueno. Y tú, Monina, ¿tampoco te fijaste? De fijo que sí. ¡Y que las miraba con unos ojos como cachorriillos!

—¿Yo?... —dijo Monina, cuyo rostro se coloreó de pronto—.

¿Yo?... ¡Tú sueñas!... No vi nada. Tenía mucho miedo

La marquesa preguntó:

—¿Miedo de qué?

—De volcar, abuela; Pedrito tiene razón. Estuvimos a punto de volcar.

—Y también la tiene diciendo que fué absurda la idea de ir en coche de cuatro caballos por tal callejuela...

¿Quién te la metió en la cabeza?...

Monina mira a Juana Dubuisson, que, muy encarnada también, con la vista en el suelo, escuchaba la discusión sin tomar parte en ella.

—¡Dios mío! ¡No sé cómo fué aquello! Creo que el señor Clagny iba diciendo que sus caballos obedecían tan bien, que era capaz de dar con ellos la vuelta en un plato. Entonces se me ocurrió a mí: «Apostaría a que no pasa usted por la calle de Rabelais, estrecha y tortuosa...»

Pedrito protesta:

—¡No fué así! Fuiste tú quien dijo: «Vamos por la calle de Rabelais, que será divertido...» Y como él dudaba, pues hay que hacerle la justicia de que dudaba, tú insististe todo cuanto te dió la gana.

—Pero —dijo el señor de Jonzac viendo a Dionisia un poco turbada—, ¿qué interés quieres tú que tuviera tu prima en pasar por allí o por otra parte?

Pedrito respondió perplejo:

—Eso es lo que yo me pregunto.

Y luego, saltando a otra idea:

—En cambio al señor de Bernés parece que no le hacía maldita la gracia pasar por allí. Yo no sé por qué, pero había que ver la cara que puso...

—¡Dios mío, qué cara...!

Enrique de Bracieux se echó a reír y dijo:

—Ya sé yo por qué ponía mala cara el pobre Bernés: tenía miedo de que le riñeran.

—¿De que le riñeran? —preguntó Monina inocentemente, abriendo mucho sus ojos claros, mientras que la cara bonita de la Dubuisson, siempre tan tranquila, volvió a enrojarse de nuevo—. ¿Por qué?

Y como el silencio se hacía embarazoso, propuso a su amiga:

—¿Quieres venir a dar una vuelta, Juana?

—Voy con vosotras —dijo Pedrito.

—No, que vamos muy bien solas, y tú nos estorbarías —le contestó Monina, separándole con la mano.

Y bajando por los peldaños de la escalinata, dijo a Juana, que la seguía algo azorada:

—Ya sé por qué tienes ese aire desconcertado: porque te acuerdas de la historia aquella de la actriz..., no sé cómo se llama, conocida del señor Bernés. Yo no me acordaba de nada, por eso iba tan tranquila. Ya ves cómo tenía razón al decirte que no debías escuchar los cuentos de la tía Rafut.

Juana respondió, pensativa:

—Ya te tengo dicho que tú siempre tienes razón.

Poco después de salir Monina, abandonaron los hombres el salón.

En cuanto la marquesa quedó a solas con Bertrada, se entabló el siguiente diálogo:

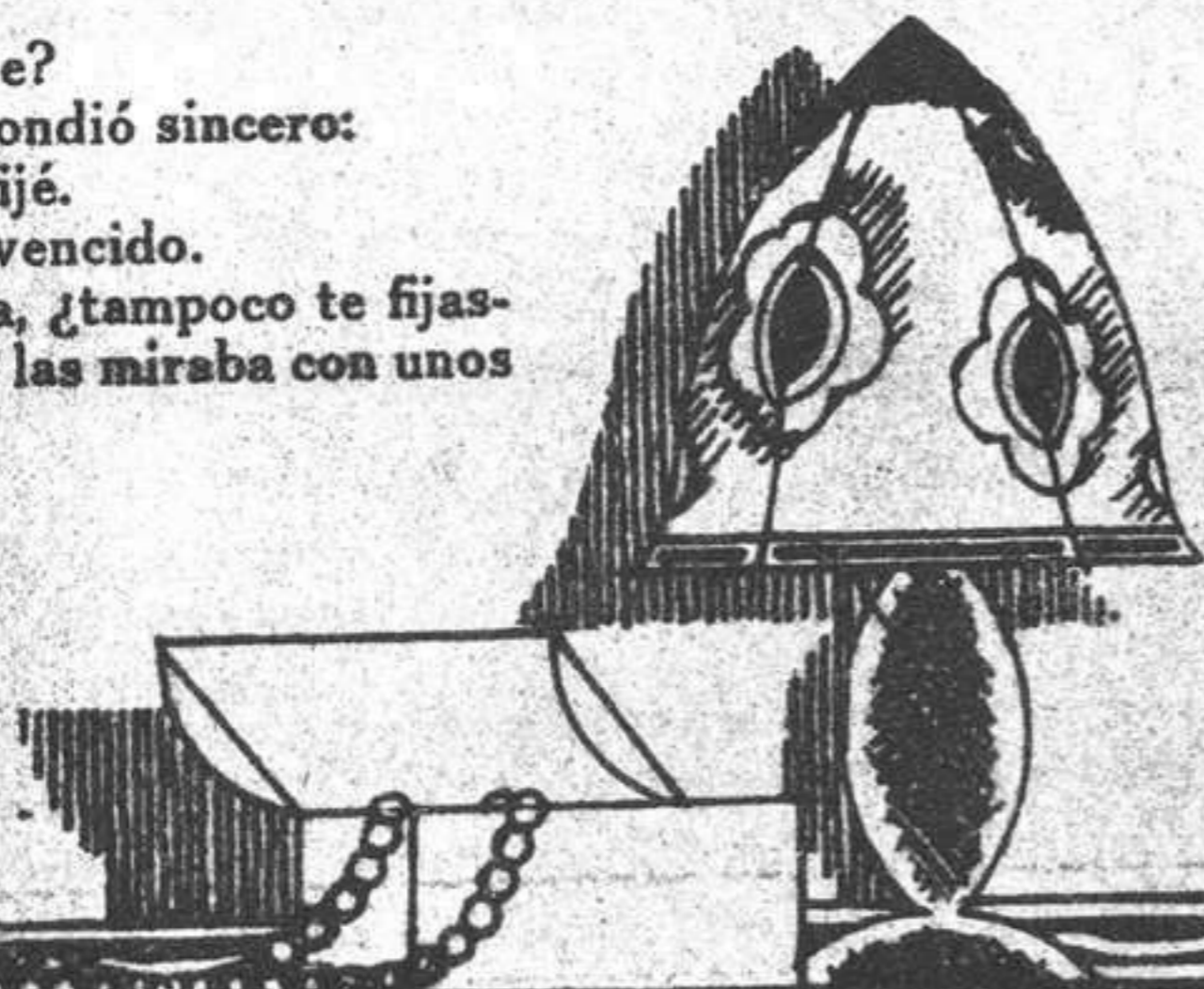
—Dime, Bertrada..., ¡qué mala cara ponía hoy Pablo a la hora del almuerzo!

—¿Cree usted? —contestó Bertrada, no queriendo aprobar ni mentir.

—Lo creo; y tú también. Y mirándoos a los dos se me ha venido una idea a la cabeza.

—Veamos la idea.

(Continuará en el número próximo.)



NUEVO CONCURSO

EL MARIDO -:- LA MUJER

Os invitamos, lectoras, a definir *vuestro tipo de marido*. Os invitamos, lectores, a definir *vuestro tipo de mujer*. Pero cuidado: no os pedimos una silueta *ideal*, porque entonces los pareceres coincidirían demasiado y acaso pudieran resumirse en una sola palabra: *perfección*.

Y la perfección no es de este mundo. Los humanos somos limitados, incompletos y falibles. Se trata, pues, no de enfilear una letanía de virtudes, sino supuesto el resignarse a no encontrarlas todas, indicar cuáles son las más deseables y cuáles las menos imprescindibles; supuesto el haber de encontrarse con deficiencias, indicar cuáles son las más insufribles y cuáles las más llevaderas.

Oportunamente concederemos importantes premios para este Concurso. Pero más que la esperanza de alcanzarlos, quisiéramos que estimulase a nuestros lectores, y les incitara a tomar parte todos en este Concurso, el sentido profundo que a su resultado creemos poder atribuir.

Este Concurso, es decir, las respuestas que nuestras lectoras y nuestros lectores quieran enviar a él, puede contribuir singularmente a que se esclarezca, concrete y defina, en uno de sus aspectos más complejos, sintomáticos e interesantes, el verdadero sentir de la juventud española en esta hora crítica e incierta.

Burla, buriando, quien guste de improvisaciones y donaires, o reflexivamente quien prefiera exponer una opinión meditada y profunda, la juventud de hoy puede como nadie orientar a las generaciones presentes, y en especial a las que sufren ante el momento actual el desconcierto de ver tambalearse lo que ellas, cuando empezaron a vivir, creyeron columnas, no sólo firmes y sólidas, sino indispensables para el sostenimiento de la bóveda social.

He aquí el contenido latente en esta invocación que, aparentemente frívola y superficial, puede sin mengua de su finalidad conservar en todo momento una alegre y ligera vestidura. Porque sea cualquiera su modo de presentarse, conservará en todo caso, el valor documental que nosotros buscamos.

Para ordenar y sistematizar las respuestas encerramos el Concurso en estas preguntas:

PARA LAS LECTORAS

¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su marido?

¿Cuáles otras suyas apreciaría usted menos?

¿Qué dotes físicas le gustaría más que tuviera, y de cuáles le importaría menos que careciese?

¿Qué ideas le gustaría a usted que tuviese sobre la familia, la sociedad y, en general, las condiciones y costumbres de la vida moderna?

¿Qué preeminencia social preferiría usted que se diese en él, y cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

¿Qué profesión le gustaría más en él?

PARA LOS LECTORES

¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su mujer?

¿Cuáles otras suyas apreciaría usted menos?

¿Qué dotes físicas le parecerían en ella preferibles, y cuáles menos esenciales?

¿Qué ideas le gustaría a usted que tuviese sobre la familia, la sociedad y, en general, las condiciones y costumbres de la vida moderna?

¿Qué preeminencia social preferiría usted que se diese en ella, y cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?

No es necesario ser soltera o soltero para tomar parte en este Concurso. Los casados pueden dibujar en él la silueta correspondiente a sus preferencias. Si coincide con la realidad de su vida, tanto mejor.

No es lo que pretendemos que cada marido o cada mujer, cada novio o cada novia, *piropeen* en nuestras columnas a sus amores respectivos diciendo, verbigracia, mimosamente: «*Las cualidades preferibles son las de mi maridito*»; «*Mi Pepe sería el marido ideal*», o con ritmo versallesco: «*Lo que mi bella esposa —o lo que mi adorado tormento— tiene o no tiene es lo que para mí existe o no existe*». No. Nosotros pretendemos obtener un resultado de orden general y no un catálogo de la felicidad privada de las parejas españolas, que por lo demás, si se trata de los lectores nuestros, suponemos perfecta, además de deseable así muy fervorosamente.

Las respuestas de cada concursante no podrán exceder de mil quinientas letras. Todas estarán escritas con letra clara y por un solo lado del papel.

Los concursantes firmarán precisamente con seudónimo; no se admiten respuestas firmadas con nombre y apellido auténticos. Conviene (pero no lo exigimos) que los concursantes nos digan su nombre verdadero y dirección para el caso de que le corresponda alguno de los importantes premios a que más arriba nos referimos.

Las respuestas se enviarán bajo sobre y precisamente con la dirección escrita en esta forma:

PARA EL CONCURSO

Señor Director de MUJER

MADRID
Apartado 447

PERDÓN...

Al anunciar que el plazo de admisión de los Concursos «Lo pasado, lo presente, lo porvenir» y «¿Qué es flirteo?» terminaba el día 12, no habíamos tenido en cuenta que las exigencias de ajuste de la revista nos obligan a preparar los originales con una anticipación considerable. Rogamos, pues, a las lectoras, cuyas respuestas —valiosísimas todas, por supuesto— han llegado demasiado tarde para poderse publicar, que nos perdonen este pequeño error... y que nos demuestren este perdón, aportando a nuestro nuevo concurso EL MARIDO-LA MUJER la cooperación de su ya bien probado ingenio y sensibilidad.



Un día de primavera en la sierra.

Estamos en mayo, en el mes de las flores. La sierra se viste de un verde esmeralda, salpicado aquí y allá por las florecitas silvestres, semejando puntitos de diferente color.

Esta mañana, al despertar y ver por la ventana que da a la sierra la cumbre de la montaña dorada por el sol, me dije:

—Es un pecado permanecer entre cuatro paredes haciendo un día tan hermoso. Decididamente, voy a pasarlo al aire libre y al sol.

Preparé unos libros, algo para comer y me fui. ¡Oh, qué día me prometí pasar!

Iba yo por un caminito algo difícil de transitar —pues es subiendo una cuesta muy tortuosa— cuando veo venir un mancebo que, alegre y feliz, semejaba al día. Al cruzarnos me saluda, le contesto y sigue su camino cantando una copla popular. Me quedé mirándole, y casi le codiciaba su alegría, no porque yo estuviera triste, sino porque su alegría era espontánea, despreocupada.

Seguí adelante, y en el resto del camino encontré a otros pastores y gañanes que iban y venían, todos con igual cara de júbilo; esto es debido a que estamos en la primavera, y la alegría del ambiente se comunica a los seres, particularmente a los que viven en la sierra, que están más cerca de la Naturaleza y gozan de más salud.

Llego a un punto denominado «La Peña Iral». ¡Qué panorama más bonito se divisa! El sol, ya alto, dora las cumbres con claridades de oro, haciendo más oscuras las hondonadas. Viendo tanta maravilla, a pesar de sentirse uno tan pequeño, se desea vivir.

Busco un sitio a propósito, y me siento a comer, para reparar las fuerzas. Después me pongo a leer.

Una ráfaga más fuerte me volvió a la realidad. Miro y me doy cuenta de que el cielo se estaba cubriendo de nubecillas blancas que parecían jirones de gasa: tan tenues eran. Temiendo alguna tormenta de primavera, me apresto para el regreso, satisfecha del día que había pasado, habiéndome saturado de oxígeno y de sencilla alegría.

En el camino encuentro grandes rebaños de cabras y ovejas con sus respectivos pastores; unos vienen de la montaña y otros de los valles. Van a sus tenadas, donde pasan la noche sin temor a los lobos, que en estas regiones abundan mucho.

Ya en el llano, veo que las nubes se han puesto de un color rosa subido, pues el sol, próximo a su ocaso, va a desaparecer. Si el panorama que se ofrecía esta mañana a la vista era espléndido, éste es soberbio, imponente. El primero inducía a vivir, soñar y gozar: decía de juventud. El segundo, meditación, recogimiento y quietud; pensamientos más melancólicos, más tristes si se quiere, pero más profundos y reales.

A la entrada del pueblo, que es uno de la provincia de Cáceres (Extremadura), y por cierto muy pintoresco, diviso un cuadro digno de un buen pintor; es como sigue: Al fondo, el pueblo con sus casucas grises, sobresaliendo la torre de la iglesia, el Ayuntamiento y La Casa Grande, especie de palacio, famosa por su leyenda.

Después, la fuente, una maravilla de la naturaleza: es un manantial que baja de la montaña; está en un valle cubierto de musgo. Alrededor de ella hay unas quince o veinte muchachas, todas esperando turno para llenar sus cántaros; están alegres y parlanchinas, con la dicha del buen vivir reflejada en el semblante.

Al verme, hay como un remolino, un concilio, como dicen ellas; dejan de hablar fuerte para cuchichear: ¿qué se dirán? ¡Misterio! Unas contienen las risas y otras hacen un gesto de desaprobación. Paso junto a ellas, saludo cortésmente y todas contestan con mucha compostura; nadie diría que momentos antes habían estado hablando de mí. ¡Ah, las mujeres!

Llego. En las calles hay ese alboroto característico de los pueblos pequeños que se aprestan al descanso: los labradores, molineros y las mujeres que vienen de la ribera de lavar; después, piaras de cerdos que vienen en busca de la comida, que se la dan en la calle, para luego encerrarlos en sus respectivas zahurdas; en fin, una algarabía que, después de haber pasado un día en la sierra, donde todo es quietud y sosiego, me aturde y se me hace más tumultuosa de lo que es en realidad. Poco a poco viene la calma. En las esquinas se ven los mozos formando corrillos; pasan las mozas con sus cantarillos a la cabeza, vienen de la fuente, y todo son piropos y chicoleos: unos, de buen gusto; los más, un poco rústicos...

En casa me espera mi familia para cenar, que en la sierra anochece más pronto y amanece más temprano. Después de la sobremesa, cada uno a sus habitaciones; unos a descansar, otros a meditar, yo entre estos últimos. Y pensando que aún me quedan dos meses para gozar de iguales días que hoy, pues estoy de vacaciones, soy feliz y dulcemente me rinde el sueño.

MARITA.
Cilleros.

Monotonía.

Noche otoñal provinciana. Brisas marinas; murmullos suaves de palmeras balanceándose; leve vientecillo que las acaricia como amante compañero. Cielo sin nubes; estrellas que brillan con claridad de diamantes, luz de faro pespunteada con rayos luminosos de rubíes y esmeraldas. ¡Luces! Luces cual mágica caravana que se mira en el mar para verse reflejada. Paseo: risas dulces, francas, aladas; perfume de jazmín y nardos; mujeres bellas que pasan; música; algarada infantil que, jugando al corro, cantan; parejas de

enamorados que, mirándose en los ojos, hablan; crítica; pregón; voces en distinto idioma habladas; caras de sueño: es el aburrimiento que pasa. ¡Siempre igual! ¡Siempre lo mismo! ¡Siento frío! Noche otoñal provinciana.

CONDESA DE MATTES.

A Tristán.—Jardinero «humilde y solitario», yo te saludo en nombre de todas las mujeres españolas y de las lectoras de MUJER; no te conozco todavía, y ya siento por ti admiración y cariño.

Eres uno de esos amigos a quien puede una acudir con la seguridad de ser siempre atendida; tú oirás con benevolencia nuestras tristezas y alegrías, nuestras ilusiones y esperanzas, y no tendrás que disimular ningún bostezo de aburrimiento, ni sonreírás irónicamente como algunos de mis amigos.

Tú no calificarás como ellos de romántica y cursi a nadie que te confiese francamente que le gusta leer y escribir, y después de hablar contigo, saldrá una más animada y fuerte para luchar contra esos «niños bien» que a todo aquel que no piensa como ellos, y que no tiene sus ideas modernistas, lo tildan de romántico y cursi.

Bello oficio es el tuyo, amigo Tristán; cuidas las flores, los recuerdos y las ilusiones... Que todas las lectoras de MUJER te envíen sus escritos, y que tu bondad los acoja como si fueran las más bellas rosas del mejor rosal, del mejor rosal de tu jardín.

MARÍA-AURORA.
Adra.

Correspondencia de TRISTÁN

PI-ERRE.—Bien justifica usted, vehemente, impaciente y simpático lector, los veinte años que declara. Y no seré yo quien cierre la puerta de mi jardín a un tan apasionado y respetuoso amor de las flores.

Perdone, sin embargo, que no transcriba en MUJER su inflamada prosa. MUJER no puede abrir un certamen de amor, ni fundar una agencia matrimonial. Lo que ha querido ofrecer a sus lectoras y sus lectores en la sección de la amistad incógnita lo definió en la exposición, que usted tan indulgentemente califica. Y no me preocupa, no preocupa sin duda a la generalidad de nuestras amigas y de nuestros amigos, el temor que le asalta a usted: «¿Y si me enamoro? ¿Y si enamorado no puedo averiguar quién es mi amada?»

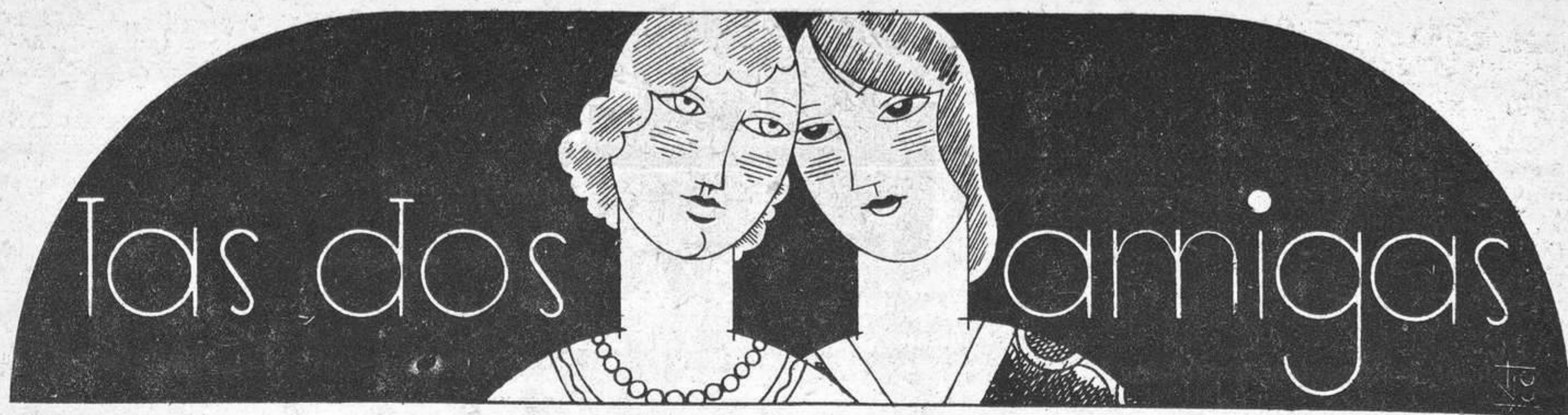
¡Veinte años! ¡Veinte años! «En el baile de máscaras —dice usted al recordar el símil con que yo traté de aclarar el sentido de dicha sección— hay un momento en que todo el mundo se despoja del antifaz.» Todo el mundo, no, joven amigo. Si todo el mundo entrase sabiendo que ha de quitarse luego el antifaz, lo probable es que nadie se lo pusiera, y lo seguro es que algunos no entrarían. El incógnito inviolable, el misterio voluntario es el encanto del disfraz; y la posible aventura es, sin duda, un elemento disuelto en el ambiente del baile; pero no es una obligación, ni menos un derecho fijo que se adquiera con el billete, porque entonces perdería su encanto principal, que estriba en el sabor singular de lo imprevisto, en la atracción que emana del azar, de lo fortuito, de lo incierto. Lo que usted propone, por tanto, no es sólo —por muchos conceptos— irrealizable: sería además destruir todo el sentido de nuestra idea y hacer en su envoltura un desgarrón por donde habría de evaporarse todo su encanto. Por lo demás, aquí como en todos los «bailes de máscaras», si alguien quiere levantar su antifaz, ¿quién va a oponerse? ¿Quién no tendrá inventiva suficiente para hallar el recurso que le dé a conocer sin ser visto de todos? Esa, por lo demás, es condición indispensable. En MUJER ni hay, ni habrá nunca nada equívoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto. Aquí sólo se admiten *amigas y amigos incógnitos*, y por supuesto dignos en todo momento de ser recibidos en este alegre, pulcro y honesto hogar de MUJER.

ALBERTINA.—La composición es mucho mejor de lo que su modestia de usted supone. Revela un espíritu opulento que, bien encauzado, puede dar de sí muestras excelentes. He de repetir una vez más mi consejo: leer y leer, sin dejar por eso de escribir; pero al principio escribir como cultivo y entrenamiento. Una cosa es caminar para trasladarse a un punto determinado, y otra pasear sin otro fin que el de hacer ejercicio. A usted, por ahora, le conviene pasear.

Envíeme algo en prosa, como quien va de paseo y lo aprovecha para evacuar de paso un quehacer pendiente.

A. M. ELECHÉ. Nada tiene usted que agradecerme, almita triste y plena de gracia. Yo, en cambio, le debo el regalo de esa carta limpia y cándida, que tiene oriente de perla y aroma de nardo. Siento mucho que sus envíos para los Concursos hayan llegado tarde, porque hubieran destacado entre los mejores. Como escribe usted sencillamente y sencillamente, y como tiene usted fino espíritu y buen gusto natural, cuanto sale de su pluma se lee con agrado, aunque tenga inexperiencias que corrijan el tiempo y el ejercicio de mucho escribir y, sobre todo, de mucho leer. Tenga esperanza también en cuanto a las tristezas que le rodean. Acaso usted esté llamada a disiparlas y a poner luz y paz donde ahora no las hay. Una mujer puede mucho si es inteligente y buena. Y me parece adivinar que usted es tan buena como inteligente.

TRISTÁN, el jardinero.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Odette descubrió en ella el acento de una verdadera simpatía. Le dijo:

—¡Qué buena es usted! ¡Si se casa algún día, su esposo será bien feliz!

—¡Oh! ¡Sí! —exclamó la viudita convencida.

Clara sonrióse. Al servir el té en la galería llegó Mauricio. También traía un ramo de flores: claveles blancos.

Se excusó de no haber venido antes. El príncipe había dado un almuerzo y tuvo que estar presente.

Clara se había levantado. Colocaba las flores en un jarro de cristal tallado, encima de una mesita volante, junto a la *chaise-longue*.

—Pon unos claveles en mi cuarto —dijo Odette.

La amiga se llevó un gran ramo de flores.

—Ahora no, querida Clara; antes toma el té —gritó la enferma.

Pero Clara ya había salido.

—¡Qué muchacha más amable! —dijo Marta.

—¡Es tan servicial, tan cariñosa, tan inteligente! Quisiera encontrarle un novio. Estoy segura de que le haría feliz. Desgraciadamente, no tiene dote, y no se casaría con un cualquiera.

—¡Pobre muchacha! —dijo Marta.

—Con sus cualidades de inteligencia y corazón —añadió Mauricio—, tu amiga tendría probabilidades de encontrar un pretendiente, si tuviese un físico un poco más seductor...

—Evidentemente, le falta mucho para ser bonita —replicó Odette.

—¡Y como los hombres conceden una importancia tan grande a la belleza física de las mujeres!

—Claro —dijo riendo Mauricio.

—Pues no tienen ustedes razón —prosiguió la viudita—. La belleza no proporciona siempre la felicidad. Una muchacha como la señorita Vimereux sería, probablemente, una mujer exquisita... Pero, aquí viene...

Clara apareció en el marco de la puerta.

Mauricio se puso a hablar de su príncipe. Acababa de marchar en «auto» a San Remo. Iba allí a encontrarse con otro príncipe de la casa de Saboya. Felipe de Tesalia no sabía en qué pasar el tiempo. Como la mayor parte de sus primos, había sido educado de una cierta manera, destinado desde la infancia a desempeñar una función determinada, a hacer una cosa, una sola cosa. Y cuando no la hacía, se convertía en un ser inútil. Estaba aburrido.

El mariscal de los ejércitos tesalianos, sin empleo desde la paz, conservaba una brutalidad de soldado, una altivez de oficial de caballería, una acritud que molestaba, preocupaba y exasperaba a su hermano el Rey y complicaba los asuntos del Estado. El Monarca prudente, astuto y cauteloso, temía a la vez la violencia y la popularidad del vencedor de los turcos. Por razones diplomáticas le tenía en Francia cuidando su salud. Desde su palacio le escribía cartas llenas de solicitud, dirigidas al enfermo imaginario, para llenarle de aprensiones y hacerle permanecer tranquilo lejos de él.

Pero el hombre de guerra se aburría. Sólo se interesaba por los ejércitos, la disciplina y la estrategia. Sólo leía noticias, anuarios y folletos militares. No tenía más que dos temas de conversación: el ejército y la medicina. Y unas veces brutal y otras preocupado, resultaba siempre molesto. Odette y Marta se reían ante este retrato del príncipe. Clara, sin reír, alzaba los ojos hacia Mauricio y parecía estudiarle.

—De todos modos —dijo la heredera—, tu formas parte de la Corte. ¡Siempre resulta agradable y halagador!

—¿Lo crees así?

Y empezaron las quejas que ya había oído relativas a Felipe de Tesalia. Ella contestó vivamente:

—Pues a mí me gustaría mucho ser, por ejemplo, dama de honor de una princesa. Me parece que me acomodaría muy bien al cargo. Siempre ofrece muchas ventajas.

—Se ve —dijo Clara lentamente— que siempre has sido mimada e independiente. Imagínate por un momento lo que sería tu vida si en lugar de satisfacer todos tus caprichos te fuese preciso obedecer y satisfacer los caprichos de los demás. Es muy penoso cuando se comprende que uno vale para mucho más.

Clara y Mauricio se miraron en aquel momento. Acababan de averiguar que eran de la misma raza, padecían los mismos rencores y que ambos empleaban los mismos medios para lograr la fortuna. Basta, a veces, una sola palabra para que dos seres se adivinen, se reconozcan y se comprendan en medio de una sociedad.

El doctor de Ansauvillers era el cortesano del príncipe de Tesalia; Clara Vimereux, la amiga complaciente de la señorita Angerolle.

lle. Los dos, cansados de su duro oficio de parásito, giraban en torno de la heredera y ponían en ella sus frágiles esperanzas.

La muchacha sin dote acudía allí para ver si encontraba un marido; el médico sin dinero, para encontrar una mujer rica. Los dos, Clara y Mauricio, se creían superiores a Odette y la juzgaban un poco caprichosa, algo ingenua y hasta un poquitín tonta.

El decía aludiendo al príncipe:

—Va a pasar por aquí. No me ha ofrecido siquiera recogerme, y tendré que tomar el tranvía.

—¡Oh! —exclamó Odette—, a propósito; por fin vamos a tener el auto. Estaba en el taller desde hace dos meses, para no sé qué reparaciones.

Y tomó un aspecto de preocupación que divirtió a Mauricio.

—¡Las grandes preocupaciones de la señorita Angerolle!

—Feliz ella, que no conoce otras —añadió Clara.

—¡Se figuran ustedes que eso es broma! Papá rabia cada día a causa de los cocheros. ¡Y, además, dos meses! ¡Dos meses para una reparación!

Clara y Mauricio cambiaron una mirada de simpatía.

—Tengo ganas de pedir que lo adornen para la batalla de flores. Es un *landaulet*. Recubierto y con las ruedas llenas de claveles de un solo color, resultaría muy bonito. Estoy segura de que obtendríamos algún premio.

Aplaudieron aquella buena idea. Clara, encantada ante la perspectiva de una distracción mundana que no le costaría nada, aplaudía más fuerte que los demás.

—Mauricio, levantándose, se disculpó:

—Me dispensarán ustedes; pero debo regresar a Monte Carlo. El príncipe podría llamarme al llegar, y no le gusta que le hagan esperar.

La viudita echó una mirada rápida a la esfera de esmalte que llevaba en la muñeca.

—¡Las cinco y media! La modista tiene que ir al hotel a las seis. Me marcho.

Se había levantado vivamente.

Ella y Mauricio estaban a los dos lados de la *chaise-longue* para despedirse de Odette, que apartaba la manta para ponerse en pie.

—No, no se mueva —dijeron los dos al mismo tiempo alargando las manos.

Clara los acompañó. Oíase en la escalera cómo la amable viuda decía a Mauricio:

—Voy a tomar un coche para ir al hotel. Si quiere, le dejaré en la plaza de San Roque, frente...

Odette movió la cabeza y frunció el entrecejo. Imaginó a Mauricio desplegando sus gracias en el coche, junto a la viuda.

Clara entró bromeando.

—¡No te fíes! ¿No tienes miedo de dejar al señor de Ansauvillers con la señora Guillaume?

¿De modo que las dos habían tenido la misma idea? Odette se asombró de ello, y preguntó:

—¿Crees que se atreverán a coquetear?

—Ella, no sé. Pero él...

Y sentándose a los pies de la enferma, añadió:

—Creo, querida Odette, que deberías vigilarle más de cerca. Corre detrás de las bellas *mentonesas*; hace la rueda en torno de las lindas viuditas. Y en Monte-Carlo, ¿qué hace? ¿Lo sabes tú? ¿Lo sabemos acaso?

Se expresaba con acritud; su inteligente mirada se ponía dura. El perrito faldero parecía pronto a morder, como si fueran a disputarle algo suyo.

—¿Estás segura de haber colocado bien tu cariño? Me parece un poco ligero. Lo que vemos no es muy tranquilizador para el porvenir.

—¡Me ama!

Sería bien difícil de contestar si no te amase. Eres bonita, joven, inteligente y le llevas un magnífico dote.

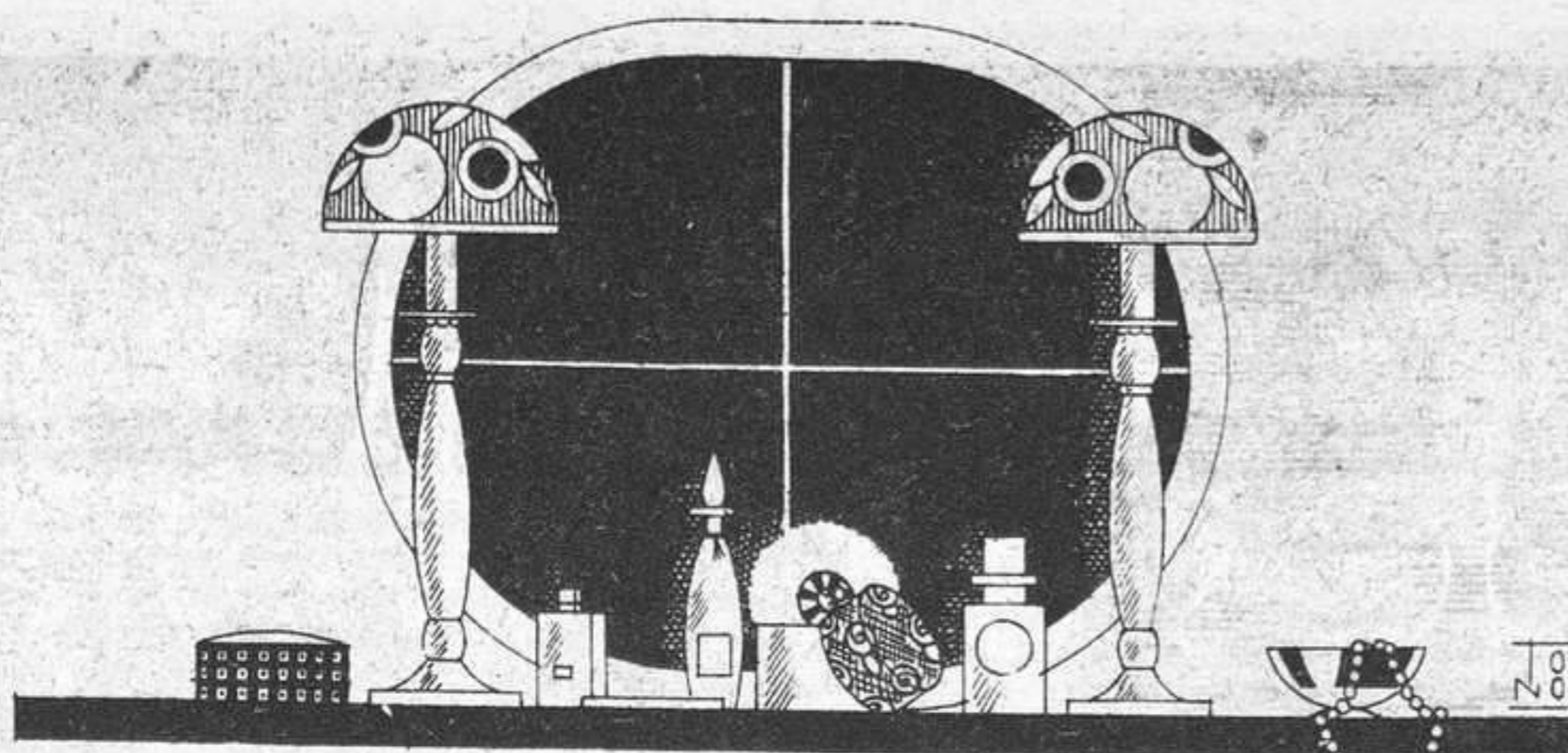
—¡Oh! ¡Magnífico!

—Claro que sí. Gracias a ti podrá instalarse, abrir un despacho en un barrio de lujo, crearse una escogida clientela, dar comidas, recibir en sus salones, darse a conocer, conseguir honores. Encuentro que ha tenido una suerte muy grande. Sí, daría pruebas de ser bien ingrato si no te amase.

Odette quedóse callada, absorta en un lento trabajo de reflexión.

—Sería un monstruo —prosiguió Clara con vehemencia— un verdadero monstruo si abusara de la confianza de una joven porque ésta tiene quinientos mil francos de dote.

(Continuará en el número próximo.)



EN EL TOCADOR

Depilatorios.—El mejor medio de quitar el vello superfluo es destruir las raíces por medio de la electricidad; pero esto es del negociado del especialista. Cuando no pueda usarse este medio, hay que desconfiar mucho de los preparados desconocidos que pueden irritar la piel. He aquí algunas fórmulas inofensivas:

Líquido depilatorio:

Monosulfuro de sodio..... 10 gramos.
 Agua de hamamelis..... 100 —

Se lava la epidermis, y después de desprenderse el vello se vuelve a lavar con la siguiente solución:

Acido cítrico..... 3 gramos 50
 Agua destilada..... 1000 —

Si preferís una pasta, he aquí la mejor fórmula.

Sulfuro de calcio..... 10 gramos.
 Sulfuro de cinc..... 10 —
 Glicerato de almidón..... 10 —

A los diez minutos de ponerse esta pasta, se lava.

Las manos coloradas.—El enrojecimiento permanente de las manos es indicio de una mala circulación de la sangre, cuya causa debe preguntársele al médico. Cuando no es muy acentuado, puede atenuarse con el siguiente preparado:

Jabón duro..... 180 gramos.
 Agua de colonia..... 60 —
 Zumo de limón..... 50 —

Los sabañones.—El mejor medio para combatir los sabañones consiste en agitar los dedos como si se tocara el piano o como si se moviesen marionetas, rápidamente y siempre con los brazos en alto. Estos ejercicios, si se practican varias veces al día, activan la circulación y descongestionan las extremidades. Conviene añadirles dos veces al día aplicaciones de

Tintura de iodo..... 5 gramos.
 Alcohol de 90°..... 15 —

CONSEJOS PRÁCTICOS

Para limpiar el bronce.—Se lava primero la superficie con tierra blanca diluida en agua, o con azafrán en polvo, hasta que el bronce esté pulido. Luego, se da por toda la superficie una pasta formada por una mezcla de plombagina mojada y de azafrán, que proporcionará el matiz deseado; por último, se calienta el objeto junto a un pequeño fuego de carbón de encina.

Las grandes estatuas de bronce se lavan con una solución débil de alcalí o con agua jabonosa. Las medallas de bronce, oxidadas, recobrarán su aspecto primitivo si se meten en un agua que contenga en disolución 5 por 100 de ácido oxálico y 3 por 100 de ácido sulfúrico. Luego se restregan estos objetos con un paño empapado en la misma solución, mezclada con polvos de Trípoli.

Otra fórmula: se dejan las medallas en remojo, en zumo de limón, hasta que desaparezca el óxido.

Para quitar las manchas del mármol.—Cuando el mármol está muy sucio y manchado, se emplea el siguiente procedimiento para limpiarlo:

Se mezclan una parte de polvos de piedra pómez, una parte de yeso y tres partes de sosa. Se pasa a través de un tamiz y se añade un poco de agua para formar una pasta consistente. Se restrega vigorosamente el mármol con ello, y luego se lava con agua y jabón.

Si permanecen algunas manchas, mezclad por partes iguales, copos de jabón, greda, hiel de vaca y esencia de trementina. Esta pasta se extiende sobre las manchas, se deja varios días y luego se quita y se lava el mármol con agua y jabón.



MUJER, Revista del Mundo y de la Moda, ha publicado en su primer número los retratos y autógrafos de SS. AA. RR. LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA MARÍA CRISTINA; y desde el primer número al presente, las VISITAS que siguen:

Núm. 1 a CRISTINA DE ARTEAGA
 (Hija de los Duques del Infantado.)

Núm. 2 a MARÍA ROSA SAN MIGUEL
 (Hija de los Marqueses de Cayo del Rey.)

Núm. 3 a MARÍA TERESA ROCA DE TOGORES
 (Hija de los Marqueses de Alquibla.)

Núm. 4 a NENETA LÓPEZ ROBERTS
 (Hija de los Marqueses de Torre Hermosa.)

Núm. 5 a JOSEFINA LÓPEZ DE AYALA
 (Hija de los Condes de Cedillo.)

Núm. 7 a BELÉN MORENES
 (Hija de los Marqueses de Argüeso.)

Núm. 9 a ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN
 (Hija de los Barones Michel de Champourcín.)

Núm. 10 a BLANCA DE BORBÓN
 (Hija de los príncipes de Borbón.)

Núm. 11 a TRINIDAD Y MERCEDES TRAVESEDO
 (Hija de los Duques de Nájera.)

Núm. 12 a CRISTINA LOYGORRY
 (Hija de los Duques de Vistahermosa.)

Núm. 13 a MARÍA ROSA PÉREZ SEOANE
 (Hija de los Condes de Riudoms.)

Núm. 14 a ÁFRICA CARVAJAL
 (Hija de los Marqueses de Valdefuentes.)

Núm. 15 a LOLA BRUGUERA Y MEDINA
 (Hija de los Marqueses de Borghetto.)

Núm. 16 a CRISTINA NAVARRO
 (Hija de los Barones de Casa Davalillos.)

Próximamente reanudará esta serie con una «visita» a TRINA CASTILLO (hija de los Marqueses de Jura Real).



He recibido su carta



CRISANTEMO ROSA.— Han quedado cumplidos todos sus encargos, simpática Madame Crysanthème, a quien le quedamos todos profundamente reconocidos por las atenciones que tiene con esta Revista. Y crea que espero con impaciencia esa senda *lata* anunciada, que, viniendo de usted, será siempre la bienvenida.

MONINA.— ¡Cuánto le agradecería, amabilísima comunicante, que me escribiese otra carta! Primero, para tener el gusto de otro momento de *charla* con usted, y también —perdóneme esta franqueza, se lo suplico— para ver si así entiendo plenamente todas sus preguntas, cosa que me han impedido —y lo siento de veras— esos terribles *cruces*. ¡En fin!, contestaré a todo lo que he creído comprender, y usted me sabrá perdonar si se me ha escapado algo de su carta; la que sale perdiendo con ello soy yo, seguramente.

1.º Si, existe esa agua, pero me es imposible indicar un producto comercial en esta sección; si me dice sus señas le enviaré ese nombre particularmente.

2.º No me parece que sea ningún peso exagerado, pero le conviene perder unos cinco o seis kilos; lea para ello mi respuesta a *Mari-Sol* en el número de *MUJER* de la semana pasada.

3.º Para suavizar el agua, eche usted en ella un poco de *bórax*, o de salvado. Y para dejar «como nueva» la piel, lea las recetas de cremas que ha publicado *MUJER* en el núm. 13, pág. 20.

4.º Para hacer crecer las pestañas, córtelas usted las puntas cada tres o cuatro meses; y para que desaparezca la inflamación de los párpados, nada mejor que fomentos de manzanilla hirviendo, hechos con algodón en rama.

5.º Desde luego, la salud del alma influye en la del cuerpo, y sobre todo en la belleza femenina. Nada mejor que la tranquilidad de conciencia, el optimismo, los buenos sentimientos hacia todo y hacia todos para conservarse joven y bella hasta una edad avanzada. Como remedio local para esos moftetes caídos, le recomiendo ciertas mascarillas de goma (las hay parciales y otras completas) que se llevan en casa una hora diaria, y dan resultados positivos.

Y venga pronto otra carta y vengan otras preguntas..., ¡pero sin *cruces*!

PASIONARIA.— He de pensar en ello detenidamente, y la contestaré en otro número. Vaya por ahora mi aprobación entusiasta y cariñosa por sus sentimientos españoles.

ALL RIGHT.— 1.º ¿Quiere usted que la dé sinceramente mi opinión? Pues bien: sí, eso tiene mucho de particular, tiene que es un doble engaño, y, si feo está un engaño sencillo..., no le digo nada cuando es doble. Además, ¿le gustaría a usted que uno de los dos le hiciese semejante «faenita»? No, ¿verdad? Pues no la haga usted tampoco. O dígame usted la verdad al primero, a trueque de causarle pena, o, si tanta comoción le tiene, sacrifíquese usted y renuncie al segundo. Pero sea leal, ahora y siempre; más tarde podría pesarle el haber avanzado por un camino tortuoso... y sin salida.

2.º Tampoco estoy de acuerdo con lo del pelo; en eso no hay moda que valga y lo único que importa es lo que sienta bien y favorece a la cara; usted puede estar monísima con el pelo castaño, y, en cambio, el pelo negro puede endurecer la expresión de sus facciones; sin contar con que los tintes negros son, con frecuencia, peligrosos; pueden causar jaquecas y hasta la pérdida de la vista. Créame, la mejor manera de seguir la moda, es saber vertirse y componerse con buen gusto y con arreglo a la fisonomía propia.

Las variaciones de la moda deben influir algo en el color y la hechura de los trajes y sombreros; muy poco, en el peinado; y nada, en la personalidad natural.

3.º ¿Color? ¡Ejem!, ¡ejem! ¿Y no le gustaría a usted más, brillo solo? ¡Si viera usted que hace mucho más distinguido! Si quiere darme sus señas, yo le indicaré una piedra que para esto del brillo es algo maravilloso; y si se empeña en lo del color, un barniz. De todos modos, en esta sección, no nombro ningún producto comercial.

Y ahora que a todas sus preguntas he puesto reparos y censuras, ahora que tiene us-

ted de mí —no lo niegue, lo adivino— el concepto de que soy una vieja regañona y antipática, ahora... ¿quiere usted que seamos muy buenas amigas?

CORAZÓN.— Ante todo, quiero darle las gracias con toda mi alma por confiarse a mí tan leal y cariñosamente; esto me honra y me alegra y, al mismo tiempo, temo no mostrarme digna de tan simpática prueba de estimación.

Yo le daré a usted mi modesta opinión: Debe usted primero hacer un detenido y minucioso examen de alma; no basta creer que se quiere, hay que estar segura de ello, y no es esta una seguridad que se adquiere fácilmente. El mejor medio para probárselo a sí misma, es el de la ausencia, que, como el viento hace con el fuego, «apaga las pequeñas pasiones y aumenta las grandes». Ya, segura de sus propios sentimientos, no veo por qué tiene usted que «aguantarse», y la idea de sincerarse con la hermana, no me parece descabellada. También en esto le recomiendo una gran prudencia; si su amiga es persona discreta, lista, comprensiva y buena, entonces ruéguela —tras de pedirle su firme promesa de no hacerla traición— que le sonsaque a él la verdad, como si esto partiera de ella, como si ella hubiese creído notar en ambos una mutua inclinación. Volviendo a mis recomendaciones de prudencia, al hablar con la hermana, no la conviene a usted extremarse en la pintura de su pasión; hable usted solamente de un sentimiento naciente; de esta manera, le será más fácil luego «recoger velas» en caso de... fracaso.

Mucho me alegro de que haya seguido mi consejo respecto a la letra; ahora está muy bien. La felicito, y espero con impaciencia la ocasión de felicitarla también por el buen éxito de... lo otro.

LESGEAN.— Su cuento ha sido remitido inmediatamente a *Tristán*, a quien incumbe el placer de leer y juzgar los trabajos de las lectoras de *MUJER*. Pregúntele usted su opinión, y no dude de que se la dará con la sinceridad que hace doblemente valiosos sus juicios literarios. Gracias, en nombre de la Revista, por su excelente consejo, que, desde luego, se seguirá. Mucho celebraré que el nuevo concurso le agrade tanto como los anteriores. En cuanto a «Las amigas y los amigos incógnitos», ya que tanto le gusta esta sección, ¿por qué no toma parte en ella? Ya sabe que me tiene siempre a su disposición y deseosa de recibir sus cartas encantadoras, a las que lamento no poder siempre corresponder con la extensión y en la forma que desearía.

XV ABRILES.— Por mucho que piense, no veo, mi juvenil comunicante, ningún medio humano para que engorde esa sola parte del cuerpo. En cuanto a su segunda consulta, lo mejor es darse por las noches, al acostarse, aceite de ricino o vaselina esterilizada —puede que le irriten un poco los párpados, lo que se corrige con fomentos de manzanilla muy caliente— y cortar las puntas cuatro veces al año.

FLOR DE NIEVE.— Me alegro de que la lista de libros le haya parecido bien; puede, desde luego, avisarme cuando los haya leído —¡pero tiene para rato!—, y le indicaré otra.

Respecto a sus envíos a los concursos, lea la nota que va en la página 24 de este mismo número. Y respecto a la amistad que tan gentil como modestamente me ofrece, yo la estimo en mucho y crea que no encuentro palabras para agradecerle bastante.

ALBERTINA.— Esa pregunta puede ser muy difícil... o muy fácil de contestar. Podría ser muy fácil, por ejemplo, si yo —yo sola— conociera el nombre de la persona en cuestión; claro está que sin necesidad de conocer el de usted para nada. Si usted cree poder fiar en mi discreción y me contesta, entonces es posible que yo, o bien le indique el medio que desea o, cuando menos, le dé la clave de la tardanza o vacilación que tanto la preocupa. Si no quiere o no puede darme ese nombre, procuraré de todos modos aconsejarla, si bien algo a ciegas.

ALBERTINA.— Por falta de espacio la contestaré en el próximo número.

PASATIEMPOS

SEGUNDA SERIE

7. FRASE

1 P R V L O N T o
 K U U F C T o
 U 1 0 0 - i

8. PLATO

BAILE MARTES J 1001
 U L N E S SÁBADO J U E V E T

9. UN LÍO

N O T T E S T A F A
 V V A
 A T N I O O

10. HISTÓRICO

NOTA G U V L O N
 NOTA
 R 1 P 1 1 K K .

OTTO SCHUBERT

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

DE todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento puede menos eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal y aun de las excursiones del turista la visita de museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico. Los monumentos religiosos o civiles son pie forzado de todo viaje; y no se puede sin desdoro mostrar una total incompetencia en los estilos y sus épocas.

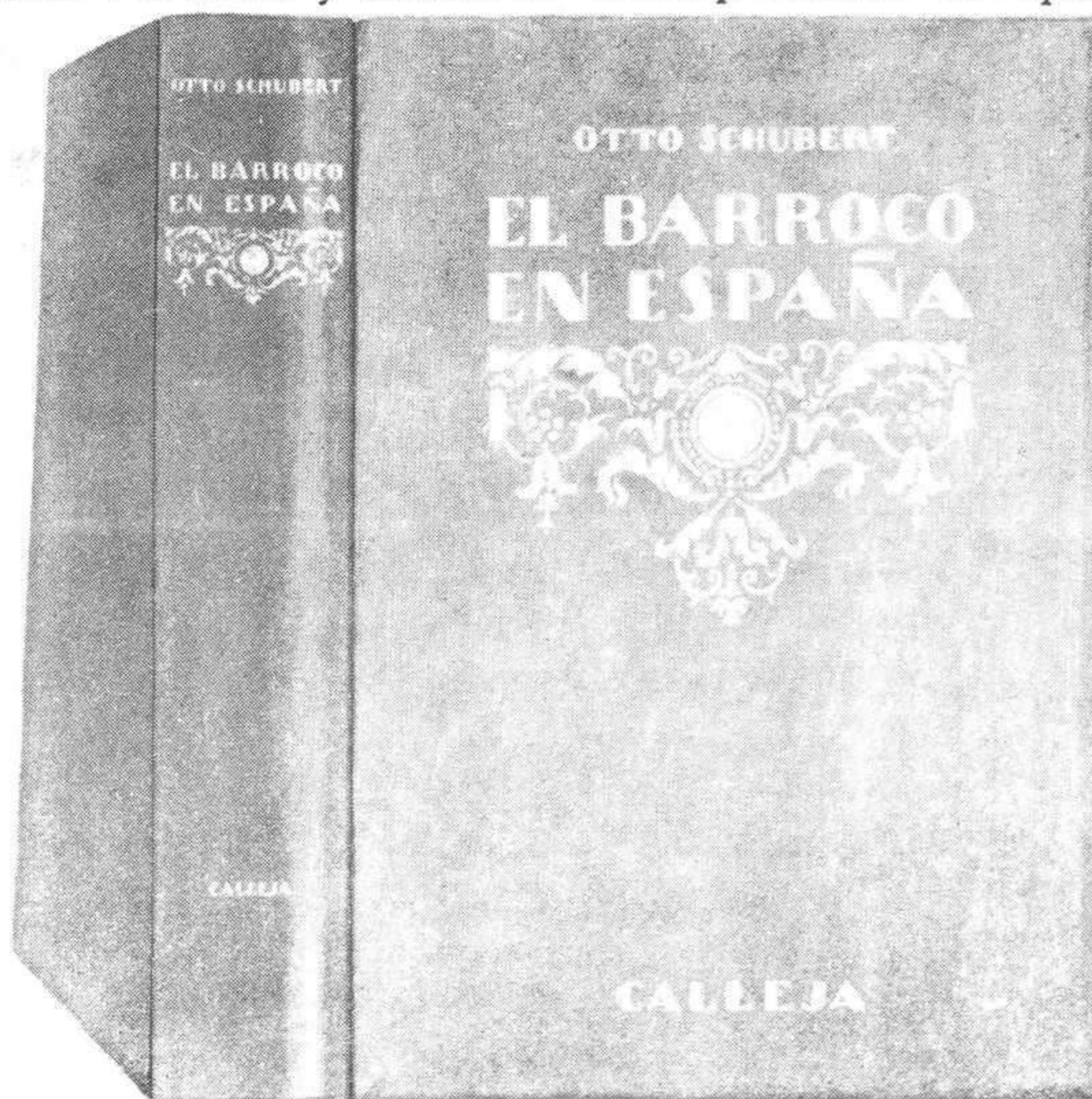
Mas si esto puede afirmarse de la Arquitectura en general, cabe decir que de ninguna de sus épocas se impone el conocimiento al hombre de hoy como la correspondiente al estilo barroco.

El interés, la vitalidad, la transcendencia del estilo barroco muéstrase al considerar cómo esa palabra, cual pocas sugestiva, se ha desbordado del campo arquitectónico y ha inundado el léxico general, aplicándose a toda clase de conceptos. A nadie se le ocurrirá resumir la idiosincrasia literaria de un escritor actual diciendo que es *románico* o *árabe*; pero se le dirá *barroco*, y todos trazaremos mentalmente el gráfico o la silueta de su personalidad espiritual. Y pueden ser *barrocos* un pintor, una escultura, una inteligencia, una afirmación.

Quiere decir que si el barroco en arquitectura no fuera de por sí uno de los períodos más interesantes, más cuajados de maravillas, más dignos de conocerse y estudiarse, lo sería por esa singular extensión de su significado y de su nombre, más que nunca de actualidad, más en auge que nunca.

Esta HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA que ofrecemos hoy, es la que D. Vicente Lampérez calificó de *obra magna* al dar cuenta de su aparición. Los técnicos en estas materias suscriben tal juicio del sabio arquitecto español; y todos coinciden en considerar a Otto Schubert como un definidor e interpretador hasta hoy sin par del magnífico barroco español y de sus imperecederas creaciones.

La obra, con 293 grabados primorosamente impresos, es un libro grato, interesante y útil aun para quien sólo busque un álbum de buenas reproducciones de los más característicos y famosos monumentos de ese período comprendido entre fines del siglo XVI y principios del XVIII; es decir, de la época acaso más castiza y brillante del arte arquitectónico en España.



Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados, esmeradamente impreso, sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antílope fino,

estampado en oro de ley, con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

PRECIO: 50 pesetas

Este y todos nuestros libros se remiten sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América con sólo pedirlos acompañando su importe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447, MADRID

YA LLEGAN LAS PASCUAS.
 ¿QUÉ REGALO MEJOR PARA LOS NIÑOS QUE LAS ESTUPENDAS Y DIVERTIDÍSIMAS
 AVENTURAS DE PINOCHO?
 APRESURAOS A HACER FELICES A LOS PEQUEÑUELOS, ELLOS OS LO AGRADECERÁN.



Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. Pedidlos en todas las buenas librerías y a la
 EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Valencia, 28, MADRID